

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 22 de Junio

Núm. 24

SUMARIO

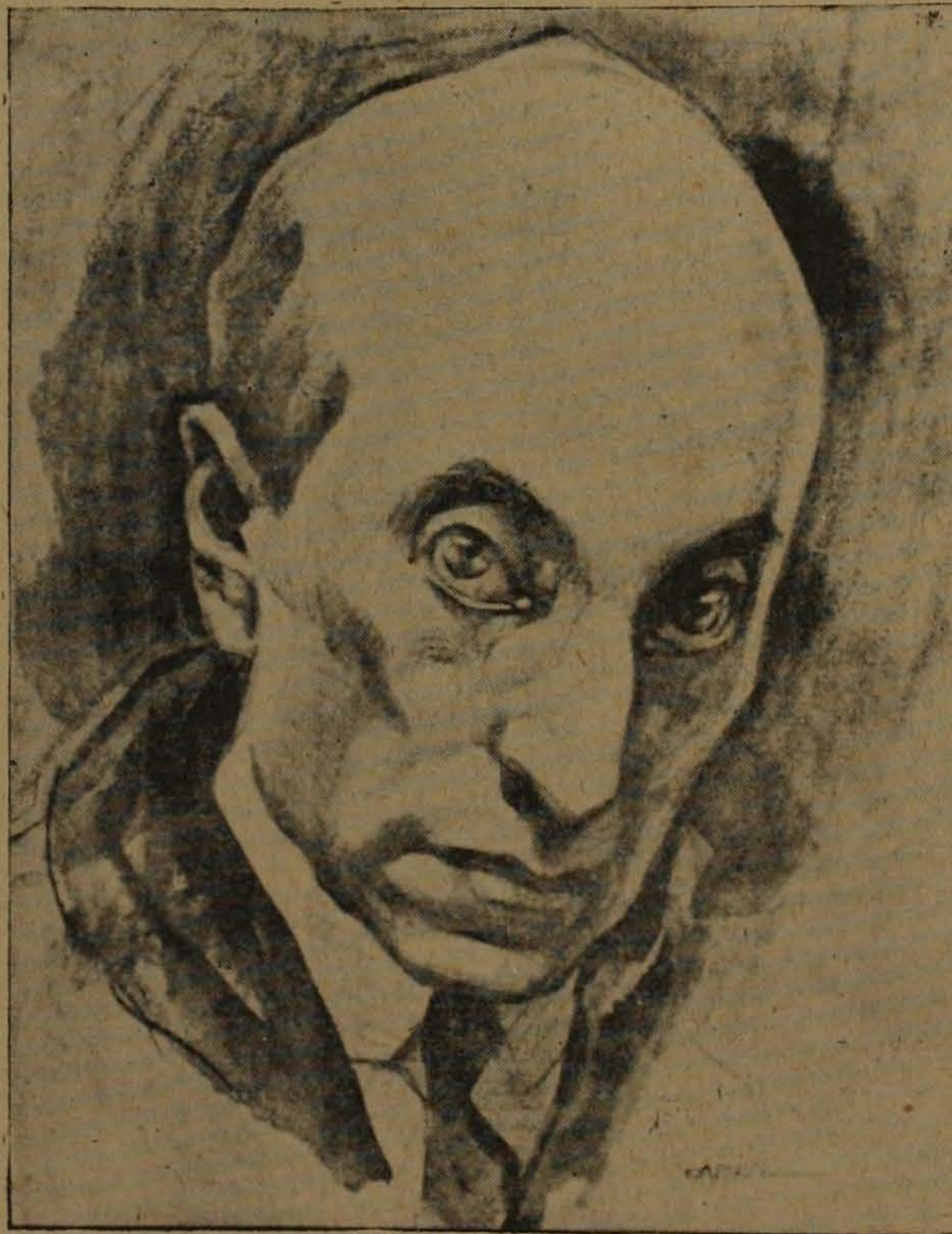
El viaje de amor de Amado Nervo.....	Alfonso Reyes	El ojo en flor y otras maravillas.....	V. García Calderón
Tacna y Arica.....		Apreciación.....	Justo A. Facio
Poesías.....	Condesa de Nouilles	La gran inspiradora.....	Lidia Bolena
Leyendo una vida de John Keats.....	Max Grillo	De la pedagogía de Tellogorri.....	Pío Baroja
Creo yo que todo se arreglará bien.....	Heliófilo	Estampas.....	Juan del Camino
Caricatura.....	Bagaria	La marimba.....	Max Jiménez
Revolución y propaganda.....	Martín Luis Guzmán	Tablero (1929).....	
Con Eisenstein.....	Julio Álvarez del Vayo		

1.—Hoy, a los diez años, es de creer que la constelación que había de brotar de su alma esté ya encendida. Todo él será ya puro espíritu: regalo de todos, como una fuente en una plaza. Ceñido al estilo del recuerdo, ya se despojó de los aditamentos y estorbos de todo aquello que se mueve. Ya está hecho como de cielo. Se fué del todo, y comienza, por eso, a ser todo nuestro. Su misma intimidad es parte de nosotros mismos. Enfrentado con lo absoluto, ya no es aquel afable señor que conocimos. Ya su casa es nuestra, y está edificada en la otra dimensión del tiempo. Hasta podemos empujar la puerta sin permiso, entrar en los misterios. No hay mayor respeto que el afán—castigado y pudoroso, eso sí—de conocer bien al Poeta; de entender su amor y su dolor, de captar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro. Dice Paul Valéry:

—Apenas muertos, nos vamos, con la velocidad de la luz, a juntar con los centauros y con los ángeles.

2.—A la mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo. Su mayor crisis poética, reflejo sin duda de una crisis moral, se sitúa entre los años de 1905 y 1909, entre los *Jardines interiores* y *En voz baja*. Yo he dicho: «Cinco años después (*Serenidad*) el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia... Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios». En Dios, sí, porque Dios viene a ser la síntesis del amor y la muerte. Pero ahora sé mejor que antes que Nervo no abandona nunca la esperanza de la fe-

El viaje de amor de Amado Nervo



Amado Nervo

Por García Cabral.

licidad terrena. Ahora me parece más bien—a la luz de otros descubrimientos—que el amor lo acompañó siempre a lo largo de su viaje. Más aún: ¿quién dice que no fué el amor quien lo llevó en peso, a la hora de volar sobre el tránsito desconocido? Podemos entrar, empujar la puerta: esa voz secreta que nos detiene cuando violamos un derecho sagrado no se deja oír esta vez. Hay permiso. Somos convidados.

Entramos, y ya no creemos que Ner-

vo se haya resignado nunca a apearse de la esperanza. Su instinto era demasiado seguro. Sólo el amor nos lleva a Dios. No importa que, en el vacío que dejó la Amada Inmóvil, haya aparecido la idea de la Divinidad un poco descarnada y abstracta. «El amor de Dios—he escrito también—era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia». Pronto comienza a convertir sus oraciones en galanteos; ya dice de Dios «que es más hermoso que la rubia y que la morena». Ya va, otra vez, a sembrar en suelo bien terreno el árbol, provisionalmente descuajado, de sus místicas aspiraciones. ¡A la mejor habíamos entendido con excesiva simplicidad su proceso! ¿No veis que muy pronto vuelve a deshojar la margarita? (Permitidme la frase hecha, a cambio de la alusión que van a entender muy bien sus amigos viejos). ¿No veis que ya sus versos comienzan de nuevo a revelar una expectación ansiosa de amor, y al fin expresan el torturante afán por dar caza a aquella mariposa que cada vez se le deshacía entre las manos,—como ese reflejo tembloroso que suelta el agua al sol? No: no reniego de mi anterior dibujo. Propongo otra perspectiva, otra escorzo. Acaso aquél, más esquemático, me sirvió para abordar el asunto. Acaso éste sea más real. Y yo me figuro que ambos son verdaderos⁽¹⁾.

3.—Consideremos esta historia de amor. No hagamos caso del tono meramente galante que se mantendrá—entre cortesía y donosura—por toda su obra.

(1) En la tercera serie de *Simpatías y Diferencias: La serenidad de A. N. y El camino de A. N.*

Veamos la responsabilidad que incumbe a la mujer en la modelación del Poeta, punto que ninguna crítica debiera olvidar.

Primero, entre sus ardores de niño pecador, gusta de sentir en la caricia ciertos resabios de sacrilegio. Hay locura en aquellos primeros versos febriles, donde el aparato de los oropeles litúrgicos encubre, más de una vez, otros afanes. Hay también cierta afectación satánica, muy de su momento. Todo esto pasaba entre el siglo XIX y el XX. Aún se hablaba de Misa Negra. «Mi afán avieso»,—así habla él de sus propias pasiones. ¡Y decir que, aun para caer en tales desvíos de lujuria (porque, más que amor, aquello era todavía lujuria) hacía falta llevar adentro la lumbrera de la inquietud religiosa!

Pero el fénix nace del fuego. Pronto (*Lira heroica*) traslada ya el sentimiento del amor a más alta esfera:

Amar: eso es todo; querer: todo es eso.
Los mundos brotaron al eco de un beso.

Es la hora del vasto romanticismo juvenil, del «amor de amor» que lo mismo hallamos en San Agustín que en Espronceda.

4.—La segunda época de amor comienza exactamente, en París, el 31 de agosto de 1901, y acaba, en Madrid, el 7 de enero de 1912. Ana, la Amada Inmóvil, es ya, en el reino de nuestra poesía, aquella mujer que trae el encargo de consumir en el joven las últimas llamaradas de la adolescencia, de ir acendrando y posando el vino de sus apetitos, de hacerlo subir desde la aventura callejera hasta el sentimiento maduro donde la amante es poseída en cuerpo y en alma: fuego profundo y lento, que da al barro humano su última, y definitiva cocción.

El había salido en busca de una amiga por el Barrio Latino. La muchacha no acudió a la cita. El azar lo puso frente a Ana. «Yo no soy una mujer para un día»—le dijo ella. Y le duró diez años, los mismos que le duró a ella la vida. «París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia... Medio mundo nos vio juntos». Esto, durante las alegrías raudas de los viajes, en que «nos desquitábamos ampliamente». Pero ¿los vio el mundo cuando realmente se detenían en alguna parte a vivir, y a disfrutar de su amor y buena compañía? «Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley... —confiesa— no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto».

No preguntemos nada: aquel sigilo era necesario por entonces al corazón de Amado Nervo, y por eso lo prolongó sin duda. El necesitaba querer así. Su amor era una fabricación secreta, como la que se obra en la crisálida. De allí brotarán sus versos más nobles, hasta llegar a *Serenidad*. Ella, después de muerta, continúa radiando fulgores. *La Amada Inmóvil* nos da el dolor del

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en el Pasaje Dent

TELÉFONOS:

2349 OFICINA
2208 HABITACIÓN.

arrancamiento, y el comienzo de la resignación. Porque, aunque Nervo contempló el suicidio, «¡tuve miedo!—dise— miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir... Me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo...» Ya en *Elevación* parece que el poeta sólo sabe orar. ¿Y el pecado? Oídlo:

En la armonía eterna, pecar es disonancia.

5.—Sin embargo, en su alma hay un hueco, y su poesía baja un poco el vuelo y se hace más prosaica por instantes. Algo le falta. Cuando se da cuenta, el tono sube, se depura. Confiesa que lo habita todo una honda expectación:

Oh vida: ¿me reservas por ventura algún don?
.....
¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?

Es inútil disimularlo: ha quedado un hueco. Y él mismo, en *Plenitud*, va a decirlo: «Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor».

¿Qué nuevo amor podrá ser éste, que el poeta siente aletear, ya doblado el tormentoso cabo de los cuarenta? La transición se resuelve al fin en una certeza dolorosa: está enamorado, a pesar de aquel «miedo de volver a abrir sus heridas» de que habla en un poemita que todos recordamos.

6.—Helo otra vez enamorado. Tras de la experiencia—verdaderamente matrimonial—de la Amada Inmóvil, su amor va a ser ya todo de espíritu. ¡E imaginad un cetrero sin halcones, empeñado en cazar un pájaro con un pensamiento! Porque ahora la pugna amorosa no va a entablarse entre un hombre y una mujer, de igual a igual y sobre el lecho leal de los humanos deseos. No: esta vez es una quimera, casi una anticipada dolencia de senilidad; esta vez es una punzante y tierna aberración, que hace recordar a los tritones marítimos de Góngora enamorados de Galatea, la ninfa terrestre:

... ¡Oh cuánto yerra
delfín que sigue en agua corza en tierra!

Todo un elemento los separa: todo un medio biológico. Y ese medio—invisible pero irreducible—es el tiempo. El hubiera preferido callar: no pudo. Dice así en *El estanque de los lotos*:

No quería decirlo. Su espíritu altanero
paso a los impacientes labios timbre de acero.
No quería decirlo: moriría inconfeso...

Hubiera dado toda su vida por el beso
de aquella boca virgen...
Pero un día, el simún pasional, rudo y
[bronco,
sacudió más las ramas, agitó más el tronco.

Y el pobre empezó a decirlo todo:

«Imposible, Miguel, ha puesto usted el colmo
a su audacia! ¡Esto fuera pedir peras al olmo!
Yo con mis dieciocho años esposa de usted?
[¡Ca!
¿Cómo decir «te quiero» sin añadir «papá»?

No se engañaba respecto a su situación equívoca, pero no podía evitarlo. Hasta es cruel consigo mismo:

El pobre hombre acabó por hundirse en los
[lodos
de las indignadas y las humillaciones.
Habló de *conveniencias*, prometió muchos
[dones...

Pero, dichosamente para tales menguados,
dieciocho años suelen ser desinteresados...

«Véncete primero a ti mismo, si después quieres vencer a otro» le decía su voz interior. Y como el poeta no era, al fin y al cabo, más que un hombre, aquel incómodo luchar va sacando de su corazón un jugo amargo y desconocido. Toda mirada joven que se cruza con la suya parece mirada de rival. Unos celos absolutos, cristalizados y perfectos (en *El diamante de la inquietud* nos ha dado la profundidad abismal de este océano: allí concibe unos celos capaces de matar de angustia al objeto celado y de perseguirlo más allá, pasando el arco de la muerte), unos celos contenidos siempre, pero siempre avizores, comenzaron a hacer irrespirable su vida. Por eso cuando, ya próximo a la muerte, cree encontrar el reposo para su sed de ternura, dice que lo habrá ganado con siete años de sufrimiento: 1912-1919. Entre tanto, queda *El arquero divino* como testimonio de este empeño que él mismo llamará «testarudez»:

Mas, cerrando puños y ojos
yo te digo: *quiero, quiero...*

El día que me quieras tendrá más luz que
[junio...
Destino: dime dónde, cómo, cuándo:
¡considera que un alma está esperando!

Por esa puerta huyó diciendo ¡nunca!
Por esa puerta ha de volver un día...

No sabemos adónde hubiera llegado esta carrera despeñada, a no ser por esas providenciales intromisiones de lo que, con tanto desdén, solemos llamar el mundo exterior. Nervo, atado a un servicio oficial, tuvo que irse a México, y al fin vino a dar a Buenos Aires. No sabemos cuándo renunció. El espacio se interpuso, y acertó a romper el sortilegio que el tiempo no había podido atajar.—Así pues, en tanto que Nervo llegaba al carmen al jardín final, alargaba tenazmente la mano para alcanzar una humilde margarita... ¡y no la lograba!

7.—De Madrid, a México: el sacudimiento de un largo viaje, y la fresca ráfaga del retorno a la patria, donde el poeta comprueba que puede entenderse con los jóvenes—, la mayor alegría pa-

ra un poeta que ha comenzado a envejecer—. De México al Plata y a Buenos Aires. Ha colaborado muchos años en los diarios y en las revistas. Aquí lo conoce todo el mundo. Hasta ha mantenido correspondencia con algunas musas del Plata, ejerciendo muchas veces aquella función de confesor laico o de consejero espiritual que correspondía tan bien a su nobleza ingenua... Las cartas de mujeres, llenas de consultas, de historias vagas o precisas, han quedado cuidadosamente selladas, guardadas por índice alfabético. Hasta sé de una niña porteña a quién, desde España, Amado Nervo ayudó, por carta, a bien morir.

Ya él no creía pertenecerse, y tenía razón: ya empezaba a ser de todos: sólo le faltaba la muerte para volcarlo en los demás por completo.—Pero, ¿quién piensa ahora en la muerte, entre los mimos de una hospitalidad cálida, fraternal, realmente insuperada? Después del silencio, del olvido casi completo en que discurría ya su vida madrileña, Buenos Aires lo recibió como un hogar en fiesta. En tres meses ¡qué rastro largo! ¡Qué recuerdo cierto, y qué corte, en torno, de falsos o supuestos recuerdos! Los que no lo conocieron, ahora, cuando lo evocan, se convencen de que lo conocieron y lo trataron asiduamente. El poeta nicaragüense Salomón de la Selva quería escribir una sátira sobre los que pretenden haber ayudado con dinero a Rubén Darío. Otra, pero mucho más piadosa, podría escribirse sobre los que acompañaron a Amado Nervo, en el Parque Hotel de Montevideo, el día de su muerte. Tal es el espejismo de aquella memoria avasalladora. El hombre, más grande que sus versos, habita hoy, como la pequeña efigie de plata de los latinos, entre los lares de aquellos a quienes acaso no trató en vida.

Él tenía que defenderse: *tourneé* diplomática, visitas, banquetes, conferencias, y, para colmo ¡una cancillería trepidante de máquinas de escribir! Con esa travesura que sólo conocen los muy justos, se escondía y se escabullía, poniendo a unos la excusa del compromiso con los otros. Hasta para quedarse sólo en casa entre los amigos o amigas de su predilección (¡y cuánto le gustaba encerrarse a charlar así, los días de lluvia!) tenía que contar a sus subordinados que estaba ausente. ¡Y qué alivio cuando lo dejaban en libertad para callejear un par de horas! Todo le divertía; pero, sobre todo, lo que no miraban los demás. Si quería ofrecer un presente, no se le ocurría comprar una piedra preciosa, sino que recogía del suelo una piedrecita de color, y corría todo Buenos Aires hasta no dar con un bolso diminuto, adecuado al tamaño de la piedrecita.

Así, me figuro, comenzó a remansarse su alma, al paso que la enfermedad se enseñoreaba cada vez más del cuerpo. No sé en qué momento sobrevino el milagro. Los documentos que hemos encontrado son de abril del año diez y nueve, un mes antes de su fallecimiento.

8.—Su sed de amor no tiene fin. Esta vez será un amor candoroso, agradecido, tímido y tierno; un verdadero no-

viazgo espiritual al que ni siquiera falta el toquecillo romántico de la oposición por parte de la familia. Pero dos claros ojos de mujer no se engañan: aquel hombre llegó hasta ella, de tan lejos, muy penetrado ya de silencio. Sus miradas comenzaban a tener destellos más que humanos. Ya el ángel de la muerte lo seguía como su sombra. El se creyó rejuvenecido, y hasta se entregó a ejercicios corporales para deshacer las agujitas de vidrio que la enfermedad y los años le habían metido por los músculos, ejercicios que a veces sólo servían para empeorarlo. Al fin se olvidó de la muerte ¡teniéndola tan cerca! Pero dos claros ojos de mujer ven mucho en lo invisible: ella comprendió que le correspondía ser piadosa, y no hizo más que aceptar su santo destino de enfermera. De tiempo en tiempo, él parece darse cuenta, y reclama. Luego, se conforma con inspirar piedad. Por momentos siente que ha entrado en un blando sueño, y acepta que lo lleven insensiblemente, sin sobresaltos ni asperezas, hasta la última posada.

El testimonio de esta adoración de Amado Nervo no es ya un testimonio literario: ha quedado en la intimidad, y apenas, como para adornarlo un poco, quiso darle un leve sabor de versos, en un cuadernillo privado que aún no es tiempo de publicar: es un cuadernillo de pastas negras, de unos ocho por cinco centímetros, que, a lo largo de treinta y siete hojas, alterna los rasgos de aquella caligrafía de monje copista con una serie de páginas en blanco cada vez más frecuentes: pausa, jadeo cada vez mayor de aquella respiración ya fatigada, o quién sabe si diálogo entre el amante y la muerte, en que calla a veces el amante, para que la muerte vaya estampando la impresa inefable de sus dedos.

El proceso de este amor es sencillo: empieza con

cierta amistad amorosa
para mí desconocida,

y acaba con el inevitable dilema:

O juntos han de ir nuestros destinos
por el sendero del amor... ¡o nada!

En vano hemos buscado allí la sospecha de la muerte: ni siquiera viene la palabra cuando el consonante del verso parecía anunciarla o requerirla. ¿Lo creeréis, amigos? ¡Amado Nervo estaba esta vez tan enamorado, que se le había olvidado hasta el pensamiento de la muerte! Si habla de

tres letras que acaso un día
me atreva yo a pronunciar

bien podéis figuraros que se trata de las tres fatídicas letras: R. I. P., pero el se refiere a las tres letras de la palabra *Mia*.

Hacia siete años que esperaba este amor: ahora podía comprender que la historia de la niña reacia había sido una equivocación de la espera, una pesadilla de la tardanza:

Siete años, como siete centinelas,
miraban el camino
por donde al fin llegaste.

Ya ni la soledad le duele, porque sus
risueñas imaginaciones saben poblarla:

Quien no ama, no comprende
toda la inmensa dicha de estar solo.

Y, de repente, esta nota típicamente porteña, cuyo sentido entenderán cuantos hayan residido en Buenos Aires por lo menos un mes: «El teléfono, que yo reputaba la más odiosa invención de los hombres, hoy es para mí una música».

El 11 de mayo de 1919 embarcó para Montevideo, donde presentó credenciales y, muy vencido ya por el mal, todavía tuvo fuerzas para resistir no sé cuántos actos públicos, y hasta fué padrino de un matrimonio. Todos los días escribía una, dos y hasta tres cartas. Prometía siempre estar de regreso para el día 24; exactamente el día que murió. No quería morir, mientras no estuvo seguro de la muerte, porque ahora lo retenía un dulce afán. Pero cuando oyó el aviso inapelable, comprendió la inmensa piedad de su destino y, cristianamente resignado, supo agradecer, en nombre ya de su alma eterna, la última visita de su enfermera.

En carta del 17 de mayo, escribe: «Mi médico, hombre sencillito y afectuoso, vino ayer un poco alarmado por un análisis que hizo hacer, y me dijo que tenía mucha albúmina, y me ordenó que no tomase más que leche y fruta. Me predicó sobre «lo que aun podía yo hacer en el mundo», etc. Yo prometí y cumpliré el régimen, porque *quiero vivir*. ¿Y sabe por qué quiero vivir...? Y unos renglones más abajo ¡qué sorpresa!: Nervo, el poeta místico, el poeta que había dicho a Kempis:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermó,
¡y es por el libro que tú escribiste!

se asusta de sus propias creaciones, y teme que la *Imitación de Cristo* le arrebatase su amor: «No lea tanto a Kempis: habla de un desasirse total de todas las cosas: era un monje... No se me aleje por él».—El día 20, ya casi no puede tener la pluma, pero todavía escribe: «Ya pronto estaremos juntos. Hasta luego». ¿A quién le escribe? ¿A una mujer, o a la inmensa sombra que lo espera?—A una mujer: aquella de quien con razón decía en sus versos íntimos:

Eras mujer nada más,
y de hoy en siempre serás
toda luz y poesía.

¿Os acordáis de Peer Gynt, en la muerte de su madre? Entrando en las alucinaciones de la agonizante, se finge cochero, monta en una silla, arrea el caballo imaginario, y no para hasta que la moribunda cree haber llegado al cielo.

Atravesado ya por la espada, el Poeta se iba arrastrando hacia la promesa de la vida.—Un ángel lo pasó a los brazos de otro ángel.

Alfonso Reyes

Bs. Aires, mayo, 1923.

LA «cuestión del Pacífico», un poco menos vieja que la otra, la «cuestión romana», acaba de ser resuelta, como ésta, por transacción entre las potencias contendientes. Eliminado, por maniobras obstruccionistas, el plebiscito prescripto en el tratado de Ancón y resistido el arbitraje, recurrióse al acuerdo directo, bajo el patrocinio amistoso del gobierno de la Casa Blanca.

El litigio ha concluido por el reparto semisalomónico de la zona territorial disputada. Aunque no en el mismo grado, las partes declaran su regocijo ante esa solución pacífica, acaso porque, como reza el adagio «vale más un mal arreglo que un buen pleito». Tal grata emoción es compartida, desde luego, por los pueblos de América, que ven conjurado un serio peligro para la paz continental.

La cancillería chilena ha hecho conocer un memorándum de las gestiones e incidencias, de carácter diplomático, producidas en el asunto desde febrero de 1921 hasta la fecha.

De remontarse en el tiempo la sobria relación histórica, pudo demostrar que no faltaron nunca en Chile hombres reflexivos que se oponían a que su patria se anexara Tacna y Arica.

Una familia del patriciado espiritual chileno, la de los Lagarrigue, consagróse a infundir esa tendencia en el alma popular. Don Juan Enrique, un apóstol ilustrado y sincero de la fraternidad humana, comenzó la prédica apenas firmado el pacto de Ancón y perseveró en ella hasta el día de su muerte, con una serenidad filosófica que no lograron conturbar las protestas y los vituperios de las exaltaciones nacionalistas. No había cálculo ni artificio en sus palabras. Su lenguaje era sencillez y diáfano. «Seguimos pidiendo a nuestra patria—decía en uno de sus escritos—que no vacile en devolver al Perú Tacna y Arica. Parece increíble la propaganda actual de cierta parte de la prensa en contra de esa devolución. Y lo que hay de más grave es que sean los mismos que hablan de la desmoralización del país y que quisieran contribuir a regenerarlo, los que abogan en tal sentido... si la conducta de un pueblo en sus relaciones externas fuere inmoral, es imposible que haya moralidad en su interior». Sus hermanos, don Carlos y don Luis, lo secundaron resueltamente en la empresa de adoctrinar la conciencia chilena.

No sólo intelectuales reacios a la sugestión política—que así han sido los Lagarrigue—sino estadistas prestigiosos de ultracordillera profesaron la misma tesis: baste recordar a Juan José Latorre, el héroe de Angamos, y al doctor Carlos Walker Martínez, prominente miembro del partido conservador, propiciadores de la devolución. Hubo un presidente que también la recomendó: el señor Errázuriz Echaurren.

Pero nadie agitó esa bandera de moralidad y de paz con más vigor y talento que el doctor Carlos Vicuña, joven abogado y eminente profesor en la Universidad de Santiago. En una asamblea de la Federación de Estudiantes sentó, hace ocho años, esta proposición categórica: «Debe resolverse el problema

Tacna y Arica

= Editorial de *La Prensa*. Buenos Aires =

internacional del Norte mediante la devolución al Perú de las provincias de Tacna y Arica y la cesión a Bolivia de una faja de terreno en Tarapacá, para que tenga una salida al mar».

El voto provocó una alarma tempestuosa. Para fundamentarlo, el autor publicó un libro de combate y de doctrina: *El problema de Tacna y Arica*. En esas páginas se leen conceptos como estos: «Respecto del problema de Tacna y Arica, la lealtad consiste en cumplir el pacto de Ancón como fué suscripto; es decir haciendo honradamente el plebiscito y devolviendo Tacna y Arica al Perú si el resultado le favorece. El plebiscito debió hacerse en 1894 y en aquella época seguramente habría favorecido al Perú con la unanimidad de los sufragios. Aun hoy día le favorecería, sin duda, celebrado con mediana decencia». «Otro tanto dice la justicia. Tacna y Arica no son chilenas por capítulo alguno; son peruanas. Pertenecen al Perú por la historia, la geografía y la tradición; le pertenecen también jurídicamente por el pacto de Ancón, el cual asignó a Chile una posesión precaria de 10 años y conservó expresamente para el Perú la propiedad, dominio o soberanía. La justicia ordena, pues, imperativamente que Chile devuelva Tacna y Arica al Perú, que es su dueño.»

Por proclamar ese pensamiento, una presidencia demócrata despojó a Vicuña de sus cátedras y, seis años después, en castigo de la misma culpa, la dictadura que hoy acapara la gloria del «acuerdo directo» en cuya virtud recobran los peruanos parte del territorio perdido en la guerra, lo condenó al destierro. Por eso asiste desde suelo extraño al triunfo parcial de sus ideas. El «traidor» queda ampliamente rehabilitado por sus propios acusadores.

Como decimos, se observa un mayor

entusiasmo en el pueblo y en el gobierno chilenos por la solución encontrada, pero cumple pensar que el gobierno del Perú, durante el largo proceso del nuevo protocolo, habrá auscultado a fondo el sentimiento de su pueblo. Si la conformidad de los pueblos interesados se expresa de un modo claro y terminante, a las demás naciones de América no les corresponderá analizar la solución política; de tal modo la opinión continental, tan llena de anhelo pacifista, sólo podrá ver en el convenio el punto de partida de una nueva era de concordia para los países hermanos que desde el pacto de Ancón hasta ahora no tuvieron un sólo día de absoluta y total tranquilidad.

En su respuesta al gobierno de los Estados Unidos, Chile deja especial constancia de «que así queda resuelta total y definitivamente la única gestión pendiente derivada de la guerra del Pacífico y con ella el último de los problemas fronterizos de la república». Para aclarar más todavía esta importante afirmación, la cancillería chilena dice que «ha querido así puntualizar la futura política del gobierno con respecto a Bolivia» país que, según se sabe, intentó tercería en el pleito, llevó el problema de su enclaustramiento a la Sociedad de las Naciones y persiste en un movimiento encaminado a obtener la revisión del convenio de 1909, por el cual perdió todo su litoral marítimo en Antofagasta.

Esa misma tendencia boliviana de la hora actual muestra cómo los tratados que resuelven cesiones territoriales suelen ser difícilmente aceptados por los pueblos de nuestro continente y no encierran por sí solos una efectiva garantía de inamovible concordia.

Con todo, el nuevo convenio es el resultado de un gran esfuerzo pacifista y la expresión de una gran esperanza. América confía en la conformidad de los pueblos interesados.

Poemas de la Condesa de Noailles

Idos, dejadme a solas...

Idos, dejadme a solas con los muertos; reposa la muerte bajo el polvo, la mañana es hermosa; tiene el aire perfume de pensiles y huertos; los muertos, para el resto de la vida, están [muertos.

Este cuerpo undulante, al pasar de los días, tendrá su frente calva y sus cuencas vacías, y he de hundirme en el sueño solitario y profundo yo que no dormí sola ni una vez en el mundo. Todo lo que se extingue y todo lo que cesa, las ávidas pupilas y la boca que besa, serán silencio mudo y sombra entenebrida, mientras que ya la verde primavera florida sube empapada en savia, en oro y en rocío. ¡Tener un rebosante corazón como el mío de ensoñación y anhelos, de afán y de esperanza, y no sentir el ósculo de la aurora que avanza! ¡Ser el tiempo inmutable bajo el letal reposo! Otros vendrán dispuestos al placer jubiloso; parejas juveniles cantarán sus amores contemplando las mieses, los campos, las labores, de la estación que vuela la color delicada...

y yo estaré ya muerta, y yo no veré nada. Me será extraño el goce de mi vivir activo; y todos los que lean en los versos que escribo el afán de mis ojos y el ardor de mi mente, vendrán hacia mi sombra luminosa y riente, mas vendrán con el alma de desaliento herida porque tiene mi polvo más calor que su vida...

Trad. de E. González Martínez

La ofrenda a la naturaleza

Naturaleza, de alma profunda, en que reposa el cielo, ningún hombre con mi fervor ha amado la claridad del día, el agua luminosa, la tierra, donde un soplo de vida ha germinado.

El bosque, los estanques, el ámbito fecundo, hablaron a mis ojos más que el mirar humano; yo me apoyé en la gracia y la beldad del mundo y cada estación deja perfumes en mi mano.

Como corona augusta ceñí tus soles rojos a mi sencilla frente llena de orgullo mío; a tu otoñal trabajo emularon mis ojos y sollocé de amores en brazos del estío.

Yo vine a ti, Natura, sin miedo ni prudencia,
te di mi razón íntegra para virtud y mal,
y tuve por bien solo, por única conciencia,
tu espíritu impetuoso de astucias de animal.

Cual flor do liba mieles la abeja en la floresta,
mi vida se difunde en cánticos y aromas,
y mi alma matutina es como henchida cesta
en que te traigo ramas y en que te ofrendo
[pomas.

Sumisa cual la onda donde un árbol en frutos
refleja sus encantos, yo conocí tu sed
que despertó en las almas de seres y de brutos
la graciosa impaciencia y el divino querer.

Entre mis brazos viva palpitas job, natura!...
Y un día será fuerza no ver la luz del sol,
y que vaya a una patria sin viento y sin verdura
donde jamás exista ni claridad ni amor...

Trad. de E. González Martínez

Canto para que sepan...

Canto para que sepan, cuando en la sepultura
duerma, que a todo goce mi pecho dió cabida,
y para que mi libro diga a la edad futura
que amó con amor grande mi corazón la vida.

A las gratas labores del campo nunca extraña,
encanto de mis ojos fué la Naturaleza,
porque el agua y los prados, el sol y la montaña,
nunca, como en mi alma, tuvieron más belleza.

Lo que he visto he cantado, todo lo que he
[sentido,

dolor, placer o angustia del alma atribulada,
porque vencer anhelo las sombras del olvido,
y después de mi muerte quiero ser más amada.

Y para que un mancebo leyendo lo que escribo
evoque en mis estrofas mis ideales huellas,
y olvide a las que ha amado, y absorto y
[pensativo,

vida me dé en sus sueños y me prefiera a ellas.

Trad. de L. E. Arciniegas.

Será largo el crepúsculo...

Será largo el crepúsculo. Ya va creciendo el día.
Los rumores diurnos huyen y se dispersan;
sorprendidos los árboles no ven llegar la noche,
siguen despiertos en la tarde blanca, y piensan.

Los castaños, al aire denso, cuajado en oro,
sus perfumes exhalan y parecen oírlos;
y nos da miedo andar, mover el aire tierno,
para no despertar los aromas dormidos.

Vienen de la ciudad sordos ecos lejanos...
El polvo, levantado por un soplo del viento,
deja el árbol agónico, triste, que revestía,
y otra vez cae, pausado, sobre el camino quieto.

Vemos un día y otro, por costumbre, el camino
que impasibles cruzamos en tantas ocasiones,
pero no sé que cosa cambia en nuestra existencia:
ya nunca más tendremos el alma de esta noche.

Trad. de E. Díez-Canedo.

MUERTOS sus padres, Keats ape-
nas en los albores de la pu-
bertad, anhela hacer sus estudios
en Oxford. Mas allí está el tutor
para impedir los deseos del pupilo.
El abrupto Mr. Richard Abbey
había resuelto que John estudiara
el oficio de ayudante de cirujano.
Entre drogas, compresas y vasos
mal olientes debía vivir aquella
naturaleza exquisita, predestinada
a sentir un día ante los mármo-
les rotos del Partenón, que Lord
Elguin había pasado de Atenas
a Londres, la elación creadora que
elevatoria su espíritu a las cimas
olímpicas.

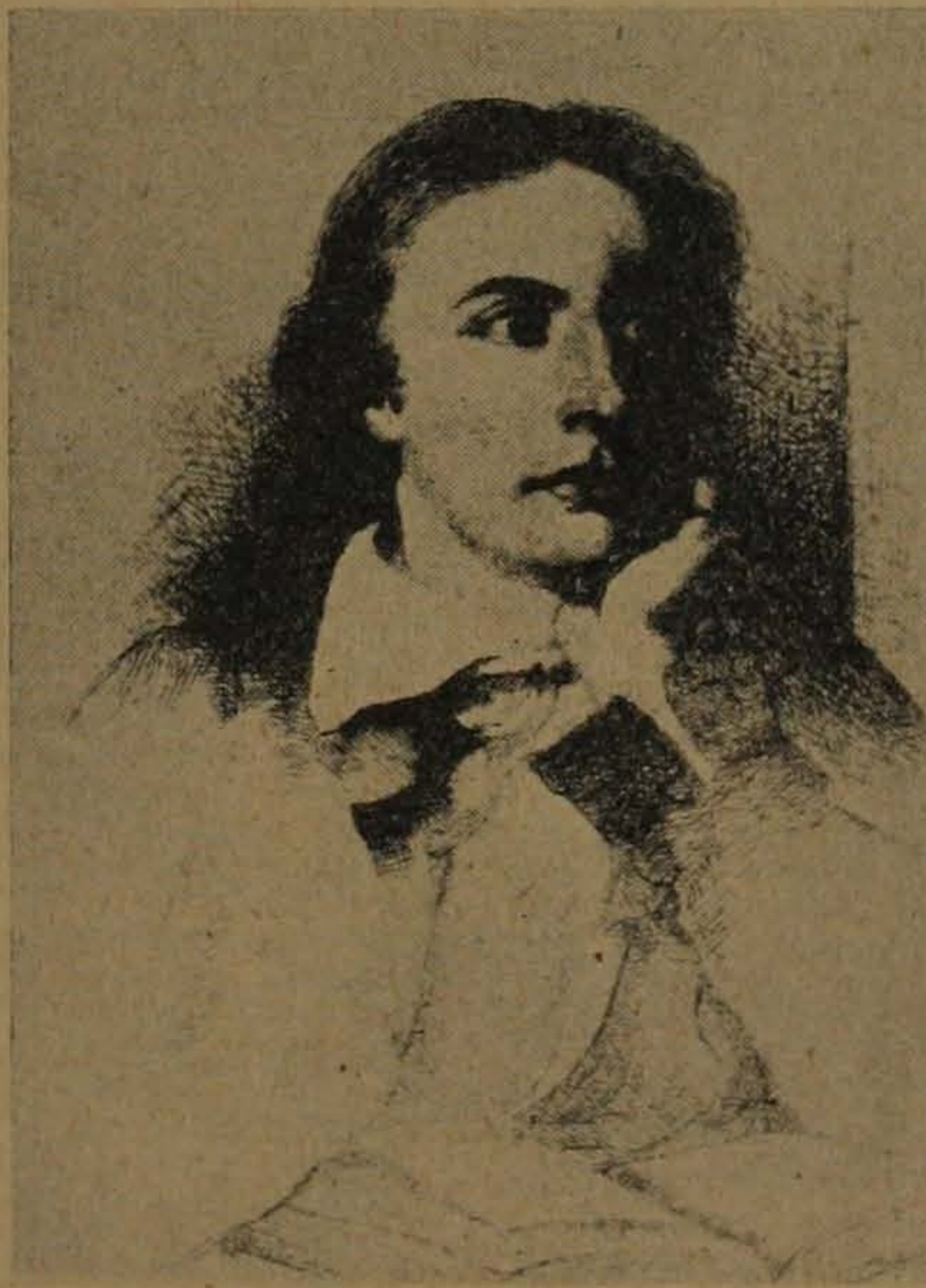
«Huérfano, dice Erlande, siente
Keats a su alrededor el vacío, y teme
ya la antipatía de su tutor. Con-
siderase jefe de familia, pues sus
tres hermanos, Tom, tan delicado,
Georges y Fanny tendrán que
contar con él. El buen juicio y la
probidad, heredados de su padre,
le presentan las cosas tales como
son. Adivina la lucha que se le
espera, y se prepara a ella con
valor tonificado por una fuerza
oculta, que se llamará genio y
que ha despertado en las profun-
didades de su alma el conocimien-
to del dolor. Lee sin método, ávi-
damente cuanto le cae bajo sus
ojos; lee como se batía o disputa-
ba en la escuela; por necesidad de
su temperamento; enseguida por
el deseo de embriagarse. Siente
deliciosamente lo que más tarde
experimentaría con honda inten-
sidad cuando, después de haber
abierto por la primera vez el Ho-
mero, de Chapman, compárase a sí
mismo con un soberbio soneto «al
vigia del firmamento si un nuevo
astro surge ante su vista, o a
Cortés (?) silencioso contemplando
el Pacífico desde lo alto de un
pico del Darién.»

A pesar de que en el espíritu
de John se hallaba la luz desco-
nocida, pronta a revelarse, el ado-
lescente sometióse al aprendizaje
de cirujano. Fastidioso era el oficio.

Leyendo una vida de John Keats

=De Lecturas Dominicales. Bogotá=

y 2.—Véase el N.º 16 del tomo en curso



John Keats

Tenía que limpiar la botica, mo-
ler drogas, preparar ungüentos y
emplastos, dosificar las porciones,
pegar las etiquetas en las botellas
y en las cajas, seguir a su patrón
y tener su caballo en la puerta
a los clientes. Lindo oficio para el
que había de sentir la llama de
Orión sobre su frente. Pero Keats
se sometió al aprendizaje de ciru-
jano. Llegó a ser, poco más o
menos, un experto, que nunca
quiso ejercer la profesión adqui-
rida. Con todo, aquellos años de
sometimiento a tareas de un deber
cotidiano, produjeron beneficios
en el espíritu de Keats. Pocos

años después de la prematura
muerte del poeta, pasajero en un
mundo de contradicciones, los in-
gleses, (que suelen sentir remor-
dimientos) se apresuraron, en-
tre ellos algunos de los que no
lo habían amado, a recoger cuan-
tos datos les fuera posible acerca
de la vida y andanzas del pobre
Keats. Entonces supieron de labios
de su maestro que los meses en
que había permanecido consagra-
do al aprendizaje de la cirugía
habían sido de los más tranquilos
en la existencia del divino pasa-
jero que recibió un día de la be-
lleza, transformada en la muerte,

el último beso mientras las mar-
garitas florecían sobre su tumba.

Próxima se hallaba la hora en
que su espíritu debía recibir las
influencias de Shakespeare. El nu-
men de Shakespeare lo conduce
al través de mundos inexplorados,
de abismos que se abren y se
cierran sobre nuestras almas. Otro
poeta, Spencer, *despierta en Keats
la necesidad de crear.*

Radioso lo encuentran sus ami-
gos en los años de 1816 y 1817.
Un pintor o un escultor, escribe
Georges Felton Matthew, *lo hubie-
ra tomado de modelo para un
estudio de arte griego y le hubie-
ra dado la actitud de Mercurio,
radiante sobre una colina que se
destacase en el cielo.* Y Haydon,
pintor que lo trató íntimamente,
dice que Keats fué el único hombre
que él conociera, además de Words-
worth, consciente de su alto des-
tino. En las horas de meditación
parecía una sacerdotisa délfica
que evocaba visiones.

Solía Keats hacer escapadas al
campo para embriagarse de fres-
cura matinal, de aire aromado, de
luz de cielos indeficientes. Corría
por los senderos silenciosos, alum-
brados por los rayos triviales; tre-
paba a las colinas doradas por el
sol de la tarde; se complacía en
mirar los árboles cargados de flo-
res y oír el canto de las aves. En
esas horas el pequeño Keats era
un verdadero dios (tenía tanto de
pagano como de romántico) rebo-
sante de alegría. Parecía buscar
en las grutas, en las montañas,
en nemorosos retiros a los dioses
antiguos. Sentía lo azul en su al-
ma y deseaba volar. Como Ariel,
pensaba siempre en las alas. «Para
quien ha permanecido—escribió
Keats—mucho tiempo en la ciudad
es dulcísimo hundir sus miradas
en el cielo libre y elevar en ora-
ción su alma entre las sonrisas
del firmamento azul.» Embriagado
del humor de los bosques, de per-
fumes errantes, aléjase de Lon-

dres, «una oscura ciudad enemiga de la poesía»; se pasea en otoño, a campo traviesa, sin inquietarse de las brisas heladas, ni del caer melancólico de las hojas. Sueña en su poetas predilectos y quisiera componer

un verso con el rumor de las esferas.

Entonces compone su Oda a una urna griega, en donde el pensamiento pagano surge transfigurado por el hálito de una vida intensa.

Bebe en la copa del cielo un vino luminoso que le procura una embriaguez délfica. Siente, como pocos poetas antes que él y después de él lo que hayan sentido en tan alto grado, el influjo de la luna. Se crea una atmósfera lunar. Keats saluda a Trivia como la inspiradora de los poetas. Es esto una faz absolutamente romántica de su sensibilidad. En *Endimión*, el primero de sus poemas, aparece subyugado por el sortilegio de la luna. En Keats, como en los románticos alemanes, en Verlaine y José Asunción Silva, ejerce la luna un intenso influjo moral y físico. «La luna llena— escribe Keats a la esposa de su hermano Jorge—es para mí en el mundo físico lo que usted es para mí en el del espíritu.»

Algunos consideran como piedra de toque para distinguir entre los poetas el mayor o menor sentimiento romántico que los ha poseído, la manera como sientan la luz de la luna en su alma. Sin duda por esto Carducci, sintiéndose romántico por dentro, pero deseoso de sofrenar en él el romanticismo, increpó en maravilloso arranque lírico de la siguiente manera a la luna:

Odio la faccia tua stupida e fonda,
l'inamidata colta,
monacella lasciva ed infecunda,
celette Paolotta.

(Cito de memoria, y no me atrevo a traducir de ligero los versos asombrosos de Carducci.)

Cuánto más indulgente fue Dante Alighieri con el hoy detestado planeta. Dante en uno de sus tercetos trata a la luna con una serena complacencia:

Quale nei pleniluni sereni
Trevia riditra le minfe eterne
Che dispingono il ciel per tutti i seni.

Próxima se hallaba la hora en que Keats debía encontrar a Fanny Brawne, a quien desde el primer momento ama con amor idealmente humano, que apenas tendrá igual entre los más apasionados que haya sentido un poeta. ¿Amó Fanny a Keats? Tal parecía por momentos. Ella era voluble, inquieta amiga de fiestas, y él era ya un enfermo. En horas de abnegación, Fanny parecía sentir por Keats una afección de hermana, un cariño de madre. Permanecía largos días cerca del niño sublime, y, de pronto, experimen-

taba la necesidad de alejarse de su prometido y corría en busca de los regocijos propios de su corazón exaltado y alegre. Era coqueta y le atraían los lindos uniformes de los oficiales ingleses. Diez años después de la muerte del poeta contrajo matrimonio. Conservó las cartas de Keats y las legó a sus hijos para que fueran publicadas... *Ella*—decía Keats de Fanny—*es de la misma estatura que yo*, y el pequeño dios soñaba en unir su suerte con la pequeña diosa. En una de las inolvidables cartas que escribió el poeta a su amada hay una frase que descubre la ansiedad del predestinado a morir temprano.

«Yo quisiera que fuéramos semejantes a mariposas y que viviéramos el espacio de tres días. Tres días así, a tu lado, tendrían para mí más delicias que cincuenta años banales.» Ya sentía las margaritas crecer sobre su tumba, y ansiaba vivir sus últimos días con intensidad apasionada y dolorosa. Veía pasar la onda fugitiva en que había escrito su nombre. Todo en él había sido efímero: la dicha, la salud, el calor del hogar, la gloria. ¡Oh! si pudiera vivir diez años más para verter en el molde divino del verso inmortal los sueños de su alma. Mientras tanto consigna en las cartas a Fanny sus emociones.

«Yo no puedo concebir que un amor como el mío pueda tener otro origen que la belleza.» Antes había dicho: la belleza es la verdad. «Durante mis paseos me absorben dos voluptuosidades: tu belleza y la hora de mi muerte: ¡Oh, si yo las pudiese poseer ambas en un mismo momento!»

La hora postrera se acercaba para Keats. Su ciencia en medicina sólo le había servido para reconocer una noche en la sangre que acababa de brotar de su pecho herido el anuncio de su muerte. «Yo conozco el color de esta sangre. Es sangre arterial. Yo no puedo engañarme sobre el color de esta sangre. Esta gota de sangre es mi sentencia de muerte. ¡Es preciso morir!»

Los médicos y algunos de los nobles amigos del poeta disponen su viaje a Italia. Quizá el clima de Roma logre el milagro de devolverles el pequeño dios sano, radiante de vida. Acompañado de Severn, el pintor que trazó la figura del poeta en su lecho de muerte, parte Keats.

Y fue a morir en Roma. «El águila errante y herida, dice Erlande, había encontrado un sitio en dónde plegar las alas y morir.»

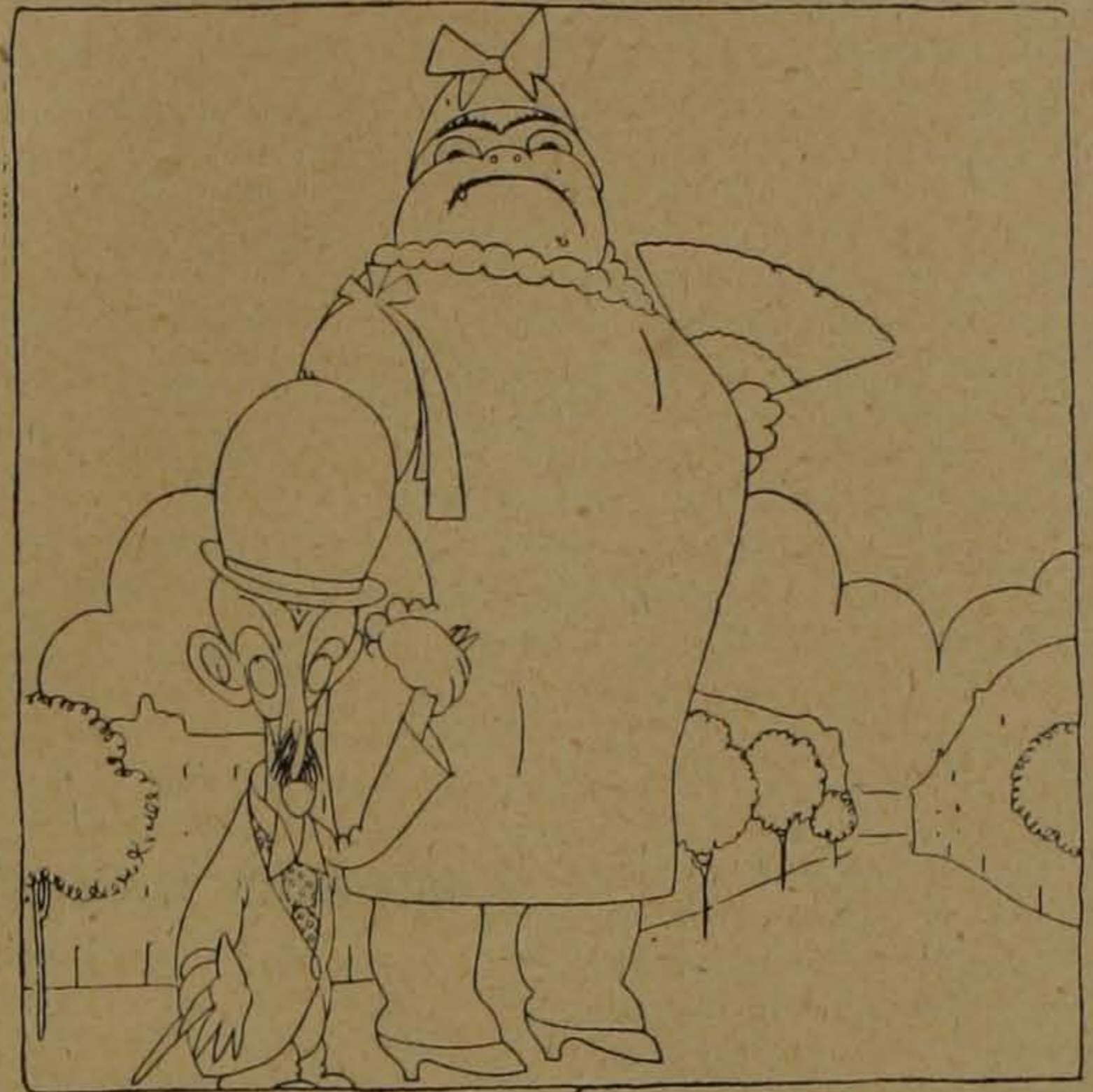
Las últimas palabras de aquel pasajero divino fueron dignas de su alma ardiente:

Dad gracias a Dios. Ella llega al fin...

(Concluye en la página siguiente)

El hombre es débil, por Bagaría

(En la Academia de Jurisprudencia.—La mujer reclama derechos iguales a los del hombre.)



EL BUEN MARIDO:—¡Ay de mí! ¿Y cuándo reclamaremos los hombres los derechos iguales a las mujeres?

Creo yo que todo se arreglará bien

=De El Sol, Madrid.=

Todos o casi todos estamos ya convencidos de que la mujer merece iguales derechos que el hombre. Aunque no fuese más que por lo mucho que ha peleado la pobrecilla para conseguirlos. Es decir, que nos parece justo elevar su posición social y política. Pero en el mundo femenino hay otras posiciones que no podríamos aunque quisiéramos, mejorar ni elevar. Hay, por ejemplo, la posición biológica. En un libro que acaba de publicarse, el doctor Nóvoa Santos, sabio de verdad, define de un modo maravilloso «la posición biológica de la mujer». Y resulta que, biológicamente, la mujer no está en muy buena posición.

Para Nóvoa Santos, la mujer «es un infante que ha alcanzado su plena madurez sexual». De ahí no pasa aunque la hagan presidente del Consejo. El rector de sus particularidades morfológicas y espirituales es el ovario. La mujer que tiene especial disposición para trabajos de hombre, es que padece inversión sexual psíquica. Y si se sobrecarga intelectualmente, pierde capacidad para el embarazo y la crianza. De modo que la mujer que venimos considerando como mujer superior, en realidad «está situada biológicamente en un plano inferior al común de las mujeres».

Como una cosa es la Biología y otra la vida práctica, yo, aun aceptando las afirmaciones del doctor Nóvoa Santos, sigo en mis trece: la mujer debe seguir el rumbo que le marquen sus inclinaciones. Si quiere gobernar, que gobierne, que nunca lo hará peor que algunos machos; si quiere defender pleitos, curar enfermos, levantar edificios o escribir novelas, que lo haga. Si se le hincha el cerebro, y a fuerza de parir ideas deja de parir hijos, qué le vamos a hacer. Alguna vez se tiene que acabar este mundo.

Pero me parece que no se llegará a tanto. Cuando la mujer se haya saciado de todo lo que ambiciona porque no lo tiene, lo irá dando de lado, como hace con los vestidos y los sombreros pasados de moda. Cuando se entere de lo molestos e inútiles que son los llamados derechos del hombre, se los dejará al hombre casi íntegros. Tal vez hoy quiere hacer de hombre ejercitando derechos como fuma cigarrillos. Ya verá que para usar de veras los derechos y los cigarrillos no hay más remedio que tragarse el humo.

Y entonces la mujer, señor Nóvoa Santos, más experimentada, más culta, más decidida a ser madre, volverá—creo yo—a su natural posición biológica.

Heliófilo

Si en una tarde de otoño, bajo el dombo dorado de Roma, os acercáis, peregrinos de la belleza, a la tumba de John Keats; y si, por ventura llegase hasta vosotros el canto del ruiseñor oculto en un ciprés, que semeja una verde antorcha en ascensión al cielo, dad

gracias a los dioses porque habéis escuchado la voz del poeta; y si encontráis recién abiertos los cálices de las margaritas de su tumba, no las interroguéis, dejad intactas sus flores sagradas, porque las celsa la luna y el poeta les dió su sangre.

Max. Grillo

Paris, Febrero de 1929.

Apuntes sobre México

Revolución y propaganda

EL libro de don Luis Araquistáin sobre la revolución mexicana recuerda inmediatamente aquel otro que don Edmundo González Blanco dedicó al propio asunto en 1916. Ambas obras parecen hijas de una misma actitud; las dos proceden, si no de un mismo ritmo histórico, sí de oscilaciones opuestas de un mismo ritmo. Podría decirse, sometiendo las equivalencias al rigor de las fórmulas matemáticas, que el libro del señor Araquistáin es al actual momento de la política de México, como el libro del señor González Blanco era al momento político de los tiempos «carrancistas».

Hay, sin embargo, con ser tan parecidos, diferencias notables entre un libro y el otro. La principal es ésta: el libro del señor González Blanco, que se refería a una situación política relativamente estable, concentró todo su entusiasmo laudatorio en una sola figura: la de Venustiano Carranza. El libro del señor Araquistáin, no. Éste, hecho en vísperas de una enorme crisis, ha debido distribuir entre varios personajes — y aun enmendar de cuando en cuando — el caudal de sus interpretaciones glorificadoras. Porque el libro del señor Araquistáin, según se desprende del contenido de las páginas, tuvo por primitivo objeto la exaltación del general Calles (presidente de la república cuando el autor estuvo en México), luego halló su centro verdadero en el elogio de Obregón (de quien todos aseguraban entonces que ocuparía la presidencia de 1928 a 1934), y, por último, muerto Obregón, el radio de las alabanzas hubo de extenderse de modo que en él quedase comprendido, aunque con precipitaciones de última hora, don Emilio Portes Gil (actual presidente provisional de la república).

en el género de obras a que pertenece ésta del señor Araquistáin es lo endeble y tendencioso de los materiales de que tales obras están hechas, y, por consiguiente, su falta de títulos para ilustrar al público sobre el tema propuesto. Son, y así deben considerarse, escritos de propaganda personalista: escritos que callan cuanto pudiera dañar al buen nombre del héroe; que a menudo inventan hechos o los tergiversan, y que siempre atacan, y a veces difaman y calumnian, a los hombres y grupos políticos enemigos del personaje o personajes alabados. Si a mano viene, el autor, presa del arrebatado penagórico, llega al extremo de negar su propio pensamiento a fin de que el sujeto inspirador de sus transportes admirativos no pierda ni un relumbre: se ofrecen

da, en otros términos, como víctima.

Tal ocurre con el señor Araquistáin. En otro libro *El peligro yanqui* nos había hablado de Carranza como de un defensor heroico («shakespiriano») de las riquezas nacionales de México, como de un benemérito resuelto a proseguir su obra nacionalista, pese a las más terribles conjuraciones de Wall Street, por medio de un gran colaborador suyo: don Ignacio Bonillas, hombre fuerte, entero, valeroso. Y frente por frente de estos dos magníficos patriotas, *El peligro yanqui* colocaba en la peor postura posible al general Alvaro Obregón. A éste nos lo pintaba como un vil instrumento de los Estados Unidos, como un traidor capaz de enajener las riquezas patrias al poder extranjero que lo levantaba hasta la presidencia de la república.

Pero aquellos juicios de antes el señor Araquistáin los pone ahora a los pies de sus nuevos héroes. Hoy nos dice que Carranza, en su lucha con Obregón, era un muerto insepulto, un cadáver de la época porfiriana, que trataba de hacerse suceder por un testaferrero (don Ignacio Bonillas) sin talla presidencial, sin prestigio y medio norteamericano por añadidura. ¿Y Obregón? ¿En qué se convierte Obregón mientras tanto? Obregón asciende a verdadero salvador de la patria, pasa a ser el Cromwell, el Na-

poleón, el Trotski de la revolución mexicana.

Uno de los rasgos peculiares del libro del señor Araquistáin consiste en glorificar a los altos funcionarios de México, declarando grandes hazañas suyas algo que en realidad no ha ocurrido nunca o que, si en efecto ha ocurrido, se debe a otras personas. Señalaré un caso típico. El señor Araquistáin trata de poner sobre su cabeza a don Luis Montes de Oca, actual ministro de Hacienda, y con tal propósito escribe:

«En México, como en la mayoría de los países, la fiscalización (de los gastos públicos) la hacia el Parlamento o un tribunal de cuentas, a posteriori. El procedimiento era malo... La reforma consistió en forjar un instrumento de control previo que evitase desórdenes luego irremediables. Se le llamó Contraloría y fué fundado por una ley de 1926... La articulación del completísimo organismo fué obra de Luis Montes de Oca, primer contralor y más tarde ministro de Hacienda en el Gobierno de Calles... La Contraloría de la Federación mejicana no se parece en realidad a los sistemas fiscalizadores de ningún país y probablemente es el aparato público más ingenioso y perfecto en su género. Se requería el espíritu metódico, la preparación técnica y la austeridad administrativa de un hombre como Luis Montes de Oca para hacer de la Contraloría una de las funciones más eficaces del nuevo Estado mejicano.»

Pues bien: si las anteriores líneas no encerraran todo un cúmulo de falsedades e inexactitudes, habría que ver en ellas una alabanza justa a Luis Montes de Oca (a quien no deseo molestar con estas observaciones, entre otros motivos porque lo aprecio); pero tal como las escribe el señor Araquistáin no hace sino engañar al lector o poner un poco en ridículo a un hombre digno de mejores apologistas. No es cierto, en primer término, que antes de 1926 la fiscalización de cuentas se hiciera en México sólo a posteriori y sólo por el Parlamento. Tampoco es verdad que la Contraloría se haya fundado en virtud de una ley de 1926. Tampoco lo es que el señor Montes de Oca haya sido el

(Pasa a la página 378).



El traje hace al caballero y lo caracteriza

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

La característica dominante

DORMITORIO, cuarto de recibir, taller, todo en una pieza. Montones de fotografías por el suelo de *Potemkin*, *Octubre* y *La línea general*. En los estantes abundante literatura dramática, obras de mímica, escenografía y arquitectura, libros de viajes por el Extremo Oriente en diversos idiomas. A través de sus biógrafos, sabemos ya que Eisenstein es algo arquitecto y que conoce el Japón.

Lo que yo ignoraba es que hubiese llegado a aprender el japonés sin moverse de Moscú. Estos rusos se atreverían hasta con el vascongado. Desde luego el chino lo están aprendiendo centenares de militantes que no han abandonado aún la idea de ver la bandera roja ondear sobre Pekín.

Frente a la mesa de trabajo el retrato de la protagonista de su última película, una campesina bien rusa, entre los de Gloria Swanson y Ana Maylon.

—Aquí, en este cuarto—me dice Eisenstein—, he hecho la mayor parte de mis películas. Es decir el plan, porque como taller prefiero la Naturaleza.

Yo le había hablado con entusiasmo de Katschalov, a quien después de aplaudir años atrás en Berlín en *Tres Hermanas*, de Chejov, acababa de admirar en la adaptación escénica de *El tren blindado*.

—Sí; sin embargo, nunca he empleado actores profesionales.

—Pero no me negará usted que un Werner Krauss... El doctor Galigari, ¡qué interpretación más extraordinaria! Y Emil Jennings a veces...

—Excelentes para la película convencional. A mí no me sirven. He escogido siempre mis actores en la vida misma. El día que usted quiera iremos por ahí. Aunque sea de noche y por sitios escabrosos. Por Moscú se puede transitar a cualquier hora con seguridad absoluta. Presenciará usted una pesca de actores a la luz de la luna. Los selecciono en la calle, en las fábricas, en el mitin. Al que responde al tipo que necesito le hablo, y si está conforme le contrato. Generalmente acceden gustosísimos. Para *Octubre* logré reunir cinco mil obreros que nos dedicaron sus horas libres, sin consentir en ser remunerados. Saben que la cinematografía no es en Rusia un negocio capitalista, sino una obra de cultura por el pueblo y para el pueblo.

Constábame, en efecto, la atención prestada al desarrollo de la cinematografía por el Gobierno soviético, a cuyo apoyo atribuye Eisenstein, reconocido, una buena parte de su éxito. El cine aplicado a todos los dominios. Desde la película de divulgación científica, que aborda problemas tan complejos como la teoría sobre el mecanismo del cerebro, del insigne Pavlov, a la de propaganda en pro del movimiento colectivista en el campo, del empleo del tractor o sobre la necesidad de superarse en la fabricación de aceros, una de las deficiencias que más preocupados trae a los directores de la industria rusa. El cine, en el

Con Eisenstein

=De la obra *Rusia a los doce años*. Espasa. Calpe. Madrid. 1929.=



Eisenstein

cuartel y en la fábrica. Caravanas peluceras que van de una aldea a otra, a razón de veinte villorrios por mes para cada equipo ambulante. Y en lo que quepa, incorporación directa del campesino, del colegial, del soldado, del obrero a la labor creadora. La primera película importante de educación rural, *La defensa del campesino*, sin otros actores apenas que los propios lugareños. Concursos abiertos por las revistas especiales para elegir de entre el público mismo críticos del séptimo arte, procedimiento bien sencillo: se proyecta una de las últimas producciones que han de estrenarse próximamente y acerca de la cual aun no ha tenido oportunidad de pronunciarse la crítica profesional, y se somete a discusión el manuscrito, la realización escénica, el trabajo del operador. Hasta aquí cuantos ensayos hicieron en ese sentido dieron muy buen resultado, según pudo comprobarse en la Conferencia especial de Cinematografía celebrada en Moscú el último marzo.

—Vea usted—observa Eisenstein, mostrándome una fotografía—qué Lenin más parecido encontré para *Octubre*. Un simple trabajador que tomó parte en las luchas del 17. Por lo demás, de los cinco mil obreros que intervienen en la escena del asalto al Palacio de Invierno, la mayoría son de aquella época. Creo que no cabe mayor respeto por la verdad. Claro

1 Acabamos de recibirla, por medio de la casa editora. Nos la envía el autor. Sabemos agradecerla y apreciarla en justicia. Algo fresco, reciente, bien informado, imparcial, acerca de Rusia, tan calumniada, tan incomprendida. Recomendamos este claro libro a nuestros lectores y amigos. En tres capítulos se divide: La batalla en el campo. Industria y defensa. Teatro, cine y literatura. Con ilustraciones numerosas y muy interesantes. Precio del ejemplar: € 3, más o menos.

que una movilización de este tipo —agrega irónico—sólo es posible en Rusia. ¿O cree usted que el general Carmona toleraría en las calles de Lisboa a cinco mil obreros con armas si alguno de los *regisseurs* portugueses se lo pidiera?

—¿Cuál de sus películas prefiere usted personalmente? *Potemkin*, ¿no es cierto?

—Le diré. ¿Se me permite ser pedante?

—Dudo que lo consiga.

—Pues bien; *Potemkin* tiene algo de templo griego, *Octubre* es un poco barroco. Hay partes en *Octubre* puramente experimentales. Métodos de cinematografía intelectual que pienso desarrollar después. Para mí, desde el punto de vista experimental, *Octubre* es más interesante, aunque *Potemkin* haya tenido más éxito.

Y sobre el papel, con un lápiz-compás, esboza las diferencias de técnica.

Aunque él no utilice actores profesionales y rehuya la mezcla de ambas técnicas, uno se pregunta lo que también hubiese dado de sí de continuar dedicándose al teatro. Ya antes de rebelarse como gran cinéasta Eisenstein había acreditado su personalidad de *Regisseur* al llevar a su teatro-circo la deliciosa comedia de Ostrovski *En cada sabio hay bastante de sandez*.

Tenía veintitrés años. Desde entonces ha trabajado enormemente, como se trabaja en Rusia hoy. No se pone a la obra sin un dominio completo de la materia, único modo de salvar la unidad dentro del libre juego que él deja a la acción espontánea de las masas, a fin de obtener el máximo de veracidad. Es extraordinaria la fuerza que él puede dar a un par de momentos de un largo episodio histórico y resumirlo en unas pocas escenas que agotan el argumento.

Potemkin es eso, una síntesis maravillosa. La crónica ofrecía dificultad de selección. Del extenso material publicado por el Gobierno soviético—implacable desenterrador de archivos zaristas—surge como si fuese hoy la epopeya heroica, rica en detalles sugestivos.

Cincuenta buques de guerra empavesados y majestuosos esperan la llegada del emperador en el puerto de Sebastopol. Nótase ya alguna agitación en la marinería. De noche, entre el cambio de centinelas, o a la hora del rancho, cuchicheos acompañados de interjecciones coléricas. En el bulevar más céntrico de Sebastopol, un inválido de guerra, de Port-Arthur, ha sido abofeteado públicamente por un oficial por contravenir la orden del almirante Krieger, que, atento a los gustos de la sociedad elegante, prohíbe a los marineros atravesar las cinco calles principales de la ciudad. De mano a mano circula un papelito misterioso: la resolución del *Catarina II*, cuya tripulación ha acordado dirigirse a la superioridad con peticiones concretas sobre el tiempo de servicio, el pago de la soldada y la intervención de la

(Pasa a la página 380)

LA condesa está triste; ¿qué tendrá la condesa? No, seamos rigurosamente exactos y melancólicamente verídicos: la «divina condesa» está enferma de cólera, clausurada en su tocador con su bata roja y sus cabellos irritados de Medusa clásica porque su amigo íntimo, el feroz y admirable polemista René Benjamín, acaba de consagrarla en un libro de insensato ditirambo: *Bajo el ojo en flor de la señora de Noailles*. Libre Dios de mis amigos, dice la cordura de las naciones.

Cuando un polemista se pone de rodillas—posición incómoda y vejatoria—, se venga preventivamente ofendiendo a los santos del oratorio. Con el sano propósito de entonar un himno de amor a la más célebre poetisa de Francia, René Benjamín se divirtió de paso en ridiculizar a los contertulios de la condesa, que son todos los prohombres de la Tercera República. Arde Troya, la edición carísima del libro se agota como si no se hubiera estabilizado el franco papel y las plumas en ristre defienden o condenan al autor.

René Benjamín, hombre de motín y admirador de León Daudet, está acostumbrado a las algaradas. Este último le aplicaba hace poco una frase famosa, asegurando, como se dijo de Milton, que «parece de convivencia con el temblor de tierra y el eclipse». Podría recordarse también, a este propósito, una queja de los Goncourt. Ambos hermanos sensitivos se dolían de que al publicar un nuevo libro estallara siempre, restando lectores y distrayendo la atención pública, algún escándalo, algún robo famoso, un crimen o la guerra de 1870. Por lo menos, el señor Benjamín no puede quejarse personalmente de los escándalos y las guerras. No cree, como el famoso dúo literario, que la fatalidad antigua lo persigue con ojo impávido y avizor, suscitando catástrofes y ruinas de pueblos para que se vendan pocas ediciones de su más reciente obra maestra. Qué digo. René Benjamín se ha instalado en la guerra, nacional o civil, lo mismo da, con la avidez flemática del sajón que acompañaba a un domador esperando el minuto magnífico en que fuera devorado por los leones. En medio de los estragos de 1914 escribió su famosa novela del vendedor de cañales; en compañía de los estudiantes insubordinados del Barrio Latino tiró tinteros y manuales de cordura latina a la cabeza de los profesores laicos que no respetaban la santidad de Juana de Arco; se fué en pos de Antoine, el creador del teatro libre, y escribe un libro sobre Clemenceau, otro *hombre libre* y malhumorado. Nadie ha visto en el mundo a mayor número de personas ilustres que hayan montado en có-

El ojo en flor y otras maravillas

= De La Prensa. Buenos Aires =



La condesa Mathieu de Noailles en su salón

lera. Modoso, silencioso, casi tímido, está siempre a la orilla del huracán y en los arrabales del terremoto, anotando en su sismógrafo íntimo los «horribles detalles». Todos los grandes polemistas que he conocido eran así: suaves, benignos, de inofensiva apariencia en la comedia de los días. León

Bloy, un arcángel de exterminio con la pluma del Señor en la diestra, fué «en el siglo» un vejete de voz meliflua que, bebiendo a sorbos su tisana, en un café de Bourg-la-Reine, me hablaba del Sumo Pontífice de entonces como del «marquesito que nos ha enviado el diablo». Laurent, Taihade, cuya an-

ciudad traté de consolar, era asimismo un suave profesor de urbanidad que sólo incidentalmente, en el curso de la charla, proponía guillotinar a dos mil personas de todo París.

Con sus ilustres predecesores, René Benjamín es cortés y degüella bien. Los personajes de sus retratos no sólo hablan, sino gritan y a veces quieren abofetear al autor siguiendo los cánones de la estética pirandelliana. Al verse tan verídicos en la caricatura cordial, en la efusiva y amena sátira, Antoine repitió la palabra de Cambronne, Barrés o Clemenceau se encogieron de hombros y la «divina condesa» se encierra herméticamente, aumentando la dosis de veronal para dormir en paz.

Puesto que en este libro ingenioso la traviesa protagonista alude a un poeta peruano que la comparó con las catedrales—jese poeta fui yo, pecador de mil—, es justo que también yo añada mi testimonio al relato veraz de Benjamín. Fué en la primavera de 1921, en compañía de Jules Supervielle, cuando visité a la divina, con la intención de proponerle un viaje a América. Entramos en su salón a las cuatro de la tarde y salimos a las ocho de la noche, sin haber podido balbucir una sola palabra. En el antro de la sibila o en el Bosque de la Bella Despierta, asistimos, durante cuatro horas de reloj, al delirio magnífico. Como siempre, estaba enferma: iba a morir si no la dejábamos expresar con libertad su alma testamentaria de esta tarde.

Nous n'aurons plus jamais notre âme de ce soir.

«Delicada y con caderas maravillosas», como las mujeres que prefería Maurice Barrés, la condesa estaba tendida en su lecho de reposo, muy engañosamente parecido al sofá de la señora de Recamier, puesto que iba a transformarse pronto en tripode antiguo y silla eléctrica. Bata roja, medias rojas, mal cubiertas con un abrogo de *petit gris*, la cabellera renegrida suelta en la espalda. La linda cabeza de parisiense voluntariosa que ha popularizado el dibujo de Helleu, pero con ojos de bayadera persa. Sí, esas persas de las miniaturas que venden los judíos de la calle Rivoli, menuditas, con ojos almendrados, ceñida la cadera opulenta en el pantalón de malla de oro, junto a príncipes de manto y de turbante, que están pálidos de quererlas tanto. A veces los príncipes se enfadan con las bayaderas, a veces nos advierten los peligros de sus «músicas de perdición». Con este título escribió el más famoso admirador de la condesa de Noailles, Maurice Barrés, poco antes de morir, un lírico relato que parece el treno de un Ulises pesaroso y nostálgico después de haber escapado a las Cir-



ces y a las sirenas. Su sobrino, Charles Demange, el afiebrado autor del *Libro del Deseo*, se suicidó por ella. Mujer fatal, mujer hermosa y primera poetisa de Francia, es demasiado. El Destino fué pródigo esta vez y comprendemos el arrobado pasmo de Benjamín.

Por lo menos, en este salón de zona tórrida, presenciando el monólogo chisporroteante de la condesa, Jules Supervielle y yo enmudecíamos de espanto, como los donadores en los cuadros de santidad. ¿Qué decía esa admirable mujer, con su cálida voz rumana? Cosas del cielo y de la tierra, recuerdos de un viaje a Sicilia, una frase de Pascal, anécdotas, retratos comprimidos en un torrente de lirismo y de picardía. Se enredaban a la almohada los cabellos de baccante, por el cuerpo acrobático pasaba una carcajada visible, aleteaban a veces, como cisnes coléricos en la tarde, las magníficas piernas de seda roja, para regalo de nuestra mirada libidinosa, mientras su dueña vertía sobre nosotros una sentencia de platónica paz. Ambos espectadores, felices de este delirio cuerdo, habíamos olvidado la hora y el día. A las ocho de la noche volvimos a la calle oscura, un poco fatigados, como después de escuchar la *Sinfonía patética*.

Imaginad ahora el estado de ánimo del amigo confidente que ha visto a la condesa cada semana, que ha asistido a sus desmayos y sus exaltaciones. René Benjamín la contempló pintando flores, recibiendo a un poeta chino, hablando del cielo con sacerdotes y de la tierra con generales. La misma seducción ejerce en la Academia de Bruselas, en compañía del rey y su corte, que en un café del Barrio Latino, entre descamisados. Es la Diosa de la Palidez, que tuvo altares en la Hélade, como también la imagen rosada y sonriente de la Persuasión que viste en casa de los mejores costureros. Es genial y traviesa como una *midinette* de Flers y Caillavet. Llama por teléfono a sus amigos para anunciarles que ha llegado la primavera; ha convencido a un abate parisiense de que Voltaire es el parangón de la caridad cristiana, y de sí misma dice desgarbadamente: «Yo, que hago versos, como el cielo relámpagos.»

¿Habéis comprendido? Es irresistible, y el libro del polemista enfurruñado parece una letanía de trescientas páginas. «Sus lindos ojos de gacela... sus ojos que pueden ser tan dulce recompensa... su mano ligera y clara con el dedo meñique apartado como un ala... pálida para ser más hermosa, pálida porque su corazón, que todo lo guarda, necesita toda su sangre... su belleza de diosa es la imagen misma del espíritu y de la civilización... parece que al llegar a

la tierra participara todavía del aire que la ha sostenido... la lengua francesa es su don, su gloria, nuestra alegría.»

Sólo Verlaine—en *Sagesse*—ha exaltado más efusivamente a una mujer, pero que se llama «nuestra madre María». Notadlo bien. Son peligrosos estos feroces amigos de la perfección humana y de los héroes. Pasan a cuchillo a los demás. Los demás son los amigos íntimos de la condesa: el señor Herriot, con su «cráneo abollado»; el ministro Painlevé, parecido a un angelote distraído; Paul Fort, «con su cabeza de patata que está germinando»; Paul Souday, «con su aspecto de labrador que guía un arado y su caballo». Hasta Maurice Barrés, «que venía a pensar confidencialmente al borde del lecho» de la condesa, queda aquí levemente en ridículo.

Ventura García Calderón

«Je n'ai pas cherché de polémique. Je n'en cherche jamais. Je fais mon métier de peintre; mais il n'y a pas d'exemple d'un peintre peignant vrai qu'on n'ait aussitôt désiré griller en place publique. Je me félicite de vivre dans un pays dont la loi a rendu les mœurs douces, mais les passions ne peuvent pas l'être. Elles ne le seront jamais avant le Jugement Dernier. Ce jour-là nous verrons bien des choses adoucies... meme Madame de Noailles—René Benjamín (1).»

Revolución y propaganda...

(Viene de la página 375)

primero de los contralores mexicanos. Y tampoco lo es, finalmente, que la Contraloría requiriese para nacer el espíritu metódico, la preparación técnica y la austeridad administrativa de Luis Montes de Oca.

* * *

Cuando calla, el libro del señor Araquistáin no es más

Este amigo incomparable se murió, pero los otros están vivos. ¿Cómo excusarse ante ellos de alguna sonrisa pícaro, cómo explicarles que este querido Benjamín, el confidente extasiado, el más silencioso evangelista de la velada, no perdía detalle para publicar un día su evangelio febril y escandaloso?

En una exposición siamesa de París, los guardias no dejaban que el público se acercara a un Buda mortífero, encarnado en Kuan-nin, la diosa de los desamparados, pero esculpido en rejalgos, mineral que envenena a quien lo toca. ¿Quién fué el escultor extraño y mitridratizado que animó así, en la piedra venenosa, la imagen de la más sonriente divinidad? Sin duda algún abuelo socarrón de este joven maestro de Francia.

de que disfrutaran los periódicos de los Estados Unidos:

«Se injuria—dice—al Estado mexicano atribuyéndole el ejercicio de esas medidas inquisitoriales que, contra la libertad de opinión, ha adoptado la dictadura en algunos países de Europa y América. No hay (en México) censura previa... No se fuerza a la prensa a ser gubernamental... No se encierra sin formación de causa... En México aparecen muchas publicaciones de tipo comunista que no podrían circular en los Estados Unidos. Y en cuanto a libertad de lenguaje, yo no he visto, ni en Francia, publicaciones tan violentas... Cuando un periódico molesta demasiado a los hombres del gobierno, éstos no le amordazan o le suprimen: en el peor de los casos, lo compran...»

¡Magnífica descripción paradisiaca! Pregunte el señor Araquistáin a los periodistas Victoriano Salado Alvarez, José Elguero, Félix F. Palavicini y Jesús Guiza y Acevedo (y cito tan solo los nombres que primero vienen a la pluma) si el gobierno de Calles supo o no encarcelar y deportar, sin formación de causa, periodistas desafectos. Pregunte a don Silvestre Terrazas, propietario de *El Correo de Chihuahua*, si los poderes públicos suelen o no entrar allí en las imprentas de los periódicos para destruirlas. Pregunte a *El Correo del Centro*, de Guanajuato, las penas y atropellos que bajo el régimen Obregón-Calles han sufrido los escritores independientes sin la intervención de ningún juez. Pregunte a *El Mundo* y a *El Heraldo*, de Guadalajara ambos, si en México se clausuran o no se clausuran periódicos. Pregunte al periodista Nemesio García Naranjo si durante un tiempo no se prohibió a *Excelsior* que insertara en sus columnas artículos calzados con esa firma. Pregunte a *Excelsior* lo que le sucedió por haber opinado con libertad sobre el proceso del matador de Obregón. Pregunte a *Excelsior* también si la policía de México detiene o no detiene arbitrariamente las ediciones de los grandes diarios. Y pregunte, por último, a los deudos de Salvador Vargas, director que fué de *La Voz del Pueblo*, de León, si Calles fusilaba o no fusilaba periodistas.

Martín Luis Guzmán

Madrid, febrero de 1929.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Apreciación

San José, a 24 de mayo de 1929.

Señora doña Julia Jimeno de Pertuz,

(Lidia Bolena),

Presente.

Mi distinguida amiga, no hace mucho tuve el gusto de recibir el ejemplar de *Comprimidos*, su deliciosa colección de cuentos; por su valor literario es ese un presente de inapreciable cuantía; pero no contenta con agraciarme tan generosamente, extremó Ud. su amabilidad enviándome el libro con dedicatoria que, a mayor abundamiento, acredita su mucha gentileza; sea esta carta mensajera de mi profundo agradecimiento por lo uno y por lo otro. Ya había tenido yo la grata oportunidad de leer algunos de los cuentos que ahora reúne Ud. en elegante volumen; en estos días los he leído nuevamente,—dicho con más propiedad, los he saboreado,—operación espiritual en que, como Ud. muy bien sabe, entra la lentitud golosa que se denomina deleite. Aunque sea muy de paso, permítame hacerle presente mi admiración por la habilidad con que,

en unos pocos rasguños de su pluma, condensa Ud. en un pequeño cuadro todo un palpitante trozo de vida, que necesariamente se desenvolvió en un largo proceso psicológico: es ese un dón bien difícil, un dón exquisito de su arte; resulta efectivamente obra de mucho y feliz ingenio hacer que el lector pueda contemplar en sólo unas pocas líneas drama tan intenso como el que aparece, pongo por caso, en el cuento titulado *La gran inspiradora*, al lado del cual sería cosa fácil poner muchos otros de igual sugestiva fuerza; con cada una de esas lecturas la emoción, como flecha de oro, se nos queda clavada y temblando en mitad del pecho. Dignese Ud. aceptar, mi distinguida amiga, junto con mis congratulaciones por este nuevo y hermoso triunfo de su carrera literaria, el testimonio de simpatía y de aprecio con que tengo el placer de suscribirme su muy atento servidor y amigo.

Q. B. S. P.,

Justo A. Facio

La gran inspiradora

—De la obra *Comprimidos* I. 1929.
Imp. Trejos Hnos. San José, C. R. —

A José Raúl no le guió buena estrella en sus primeros tiempos de escritor. Gracias a la benevolencia del director de una revista literaria, veían sus artículos la luz pública y le producían su pequeño sueldo. De ahí que su vida fuera modestísima y sometida a toda clase de privaciones que le torturaban, mayormente desde el día en que el amor le llevó a elegir por compañera a Cecilia Martel, criatura mimada y caprichosa que se agostaba como flor sin riego en su atmósfera de pobreza.

Cierto día, vio el joven correr las horas sin que de su pluma saliera nada digno de la publicidad. Sus ideas brotaban confusas y su imaginación vagaba de un tema a otro tema sin lograr desarrollar ninguno. Desalentado, y bajo el peso de infinita tristeza, dejó su escritorio y pasó al saloncillo donde su mujer le aguardaba siempre. No la encontró y la criada, a quien interrogó, le entregó toda confusa una tarjeta de su ama.

Temeroso e inquieto, Raúl leyó: «Me escapo para irme con mi madre a los baños. Excúsame, pero no puedo pasarme sin ellos, tú sabes, mi salud es delicada... y tú no podrías llevarme». Una oleada

de amargura pasó por el semblante del escritor. Se vá—murmuró entre dientes—se va porque le asusta mi miseria, esta es la verdad, y mi amor, mi gran amor no vale nada, nada...

Tras breve y terrible lucha el joven recobró su serenidad y volvióse a su escritorio para empeñar de nuevo su tarea hasta el amanecer.

Su artículo del día siguiente fué una obra maestra de vigorosa y extraña elocuencia. Causó asombro en la elevada esfera de la intelectualidad. Las felicitaciones llegaron en tropel y tras ellas, la fortuna, la celebridad. Algunos años después, José Raúl brindaba una copa en compañía de algunos amigos en celebración de uno de sus mejores triunfos de conferencista.

—¡Salud—dijo uno de ellos, por el hijo mimado de la gloria!

—Gracias, gracias, repuso el escritor y apuró su copa; luego, volvióla a llenar y exclamó:

—Estos dones que me alabáis, amigos, los debo a una inspiración de la Desgracia, y como soy agradecido, agregó con sarcasmo, brindo por ella, ¡mi gran inspiradora!

Lidia Bolena

De la pedagogía de Tellagorri

...Martín se divertía muchísimo con estos espectáculos. Tellagorri lo tenía como acompañante para todo, menos para ir a la taberna: allí no le quería a Martín. Al anochece solía decirle, cuando él iba a perorar al parlamento de casa de Arcale:

—Anda, vete a mi huerta y coge unas peras de allí, del rincón, y llévatelas a casa. Mañana me darás la llave.

Y le entregaba un pedazo de hierro que pesaba media tonelada, por lo menos.

Martín recorría el balcón de la muralla. Así sabía que en casa de Tal habían plantado alcachofas, y en la de Cual, judías. El ver las huertas y las casas ajenas desde lo alto de la muralla, y el contemplar los trabajos de los demás, iba dando a Martín cierta inclinación a la filosofía y al robo.

Como en el fondo el joven Zalacáin era agradecido y de buena pasta, sentía por su viejo Mentor un gran entusiasmo y un gran respeto. Tellagorri lo sabía,

aunque daba a entender que lo ignoraba; pero, en buena reciprocidad, todo lo que comprendía que le gustaba al muchacho o servía para su educación, lo hacía, si estaba en su mano.

¡Y qué rincones conocía Tellagorri! Como buen vagabundo era aficionado a la contemplación de la Naturaleza. El viejo y el muchacho subían a las alturas de la Ciudadela, y allá, tendidos sobre la hierba y las aliagas, contemplaban el extenso paisaje. Sobre todo, las tardes de primavera era una maravilla. El río Ibaya, limpio, claro, cruzaba el valle por entre heredades verdes, por entre filas de álamos altísimos, ensanchándose y saltando sobre las piedras, estrechándose después, convirtiéndose en cascada de perlas al caer por la presa del molino. Cerraban el horizonte montes ceñudos, y en los huertos se veían arboledas y bosquecillos de frutales.

El sol daba en los grandes olmos de follaje espeso de la Ciudadela, y los enrojecía y los coloreaba con un tono de cobre.

Bajando desde lo alto, por senderos de cabras, se llegaba a un camino que corría junto a las aguas claras del Ibaya. Cerca del pueblo, algunos pescadores de caña se pasaban la tarde sentados en la orilla, y las lavanderas, con las piernas desnudas metidas en el río, sacudían las ropas y cantaban.

Tellagorri conocía de lejos a los pescadores: Allí están Tal y Cual—decía—. Seguramente, no han pescado nada. No se reunía con ellos; él sabía un rincón perfumado por las flores de las acacias y de los espinos que caía sobre un sitio en donde el río estaba en sombra y a donde afluían los peces.

Tellagorri le curtía a Martín, le hacía andar, correr, subirse a los árboles, meterse en los agujeros como un hurón; le educaba a su manera, por el sistema pedagógico de los Tellagorris, que se parecía bastante al salvajismo.

Mientras los demás chicos estudiaban la doctrina y el Catón, él contemplaba los espectáculos de la Naturaleza, entraba en la cueva de Erroitza, en donde hay salones inmensos llenos de grandes murciélagos que se cuelgan de las paredes por las uñas de sus alas membranosas; se bañaba en Ocin beltz, a pesar de que todo el pueblo consideraba este remanso peligrosísimo; cazaba y daba grandes viajatas.

Tellagorri hacía que su nieto entrara en el río cuando llevaban a bañar los caballos de la diligencia, montado en uno de ellos.

—¡Más adentro! ¡Más cerca de la presa, Martín!—le decía.

Y Martín, riendo, llevaba los caballos hasta la misma presa.

Algunas noches, Tellagorri le llevó a Zalacáin al cementerio.

—Espérame aquí un momento—le dijo.

—Bueno.

Al cabo de media hora, al volver por allí, le preguntó:

—¿Has tenido miedo, Martín?

—¿Miedo, de qué?

—¡Arayua! Así hay que ser—decía Tellagorri—. Hay que estar firmes, siempre firmes.

Pío Baroja

(Tomada de *Zalacáin el aventurero*).

tropa en la compra de víveres, solo modo de poner coto al robo desenfrenado de los encargados del suministro.

Sobre la cubierta del *Potemkin*, el montón de carne llena de gusanos, símbolo de todo un régimen. Rechinar de dientes habituados a rocer el hueso menos sabroso, pero que en cuanto dejen de ejercer la mansedumbre atacarán cual si fuesen de pantera.

—¿Y es eso todo lo que tenemos para comer? Seguramente los japoneses tratarán mejor a nuestros camaradas prisioneros.

Del comedor vacío —primera señal de rebelión—, Golikov, el comandante del *Potemkin*, ha descendido a la cocina a indagar por qué nadie ha acudido a la hora del rancho.

—Prefieren té y pan. No quieren la carne. Mire cómo corren por ella los bichos...

Golikov tiembla de ira al oír la explicación del jefe de cocina.

—¡Sobre cubierta todo el mundo!

Filípica desgarrada, cada palabra un insulto, cada ademán una amenaza. Señala al palo mayor.

—Desde ahí pueden reflexionar cuanto quieran acerca de la buena o mala calidad de la comida los rebeldes. Pero colgados; con la lengua fuera, para que la brisa les endurezca el gusto.

Luego el estallido. Oficiales arrojados al mar hechos pedazos. Escenas que Eisenstein ha elevado a una fuerza insólita en la pantalla. Sólo pueden juzgar de ellas quienes las vieron antes del retoque impuesto por las distintas censuras. Ritmo sostenido en emoción creciente. El amanecer en la canoa que trae a tierra el cuerpo de Vakulintshuk, marinero víctima de la rebelión. Odessa, en efervescencia. La gran escalera del muelle, que desempeña en la película un papel importantísimo. (Gordon Craig había subrayado ya bastante antes el valor dramático de la escalera y su ritmo impresionante). Una escena en que sólo se ven las piernas de los cosacos pasando sobre los cadáveres de los paisanos asesinados —de los mayores aciertos de la película.

Se la recuerdo a Eisenstein.

—Sí; en *Potemkin*, utilicé mis experiencias de *Huelga*, mi primera película de masas. En ella aprendí. Hay que hacer bastantes cintas malas para llegar a una buena. Ambas fueron construidas en talleres reducidísimos. Ahora se están edificando unos cuantos de primer orden.

—He quedado con Pudovkin en visitarlos juntos; quisiera ver su nueva película de Asia.

—Pudovkin vale mucho. *La madre* está muy bien lograda. Personalmente apenas echo de menos la falta de otro taller más amplio. Lo único que necesito es el contacto con el pueblo. ¡Cuántas veces he ido yo con un plan preconcebido de ejecución, todo pensado, con croquis y dibujos, y luego, al encontrarme entre las masas, al sentirlas de cerca, he cambiado de idea completamente! Ellas son las que al actuar, en su espontaneidad, imprimen a la película el gran tono realista.

Con Eisenstein...

(Viene de la página 376)

—Del cinematógrafo extranjero, ¿qué es lo que le gusta más?

—Una de las películas que más me han gustado ha sido *La parisién*, dirigida por Chaplin.

—¿Y de actrices?

—Gloria Swanson, sin duda.

—¿Como actor?

—Richard Bartlemess.

—¿Proyectos para después?

—Como le dije, estoy muy interesado en la cinematografía intelectual, que podría definir así: tiene que ser absoluta en cuanto al material, auténtica en la presentación y emotiva y patética en la forma. Voy a ensayarla de lleno en una película que proyecto sobre Carlos Marx, destinada a exhibir el método dialéctico de la inteligencia. No la comenzaré hasta dentro de dos años. Antes quiero ir a América. En lo que a iniciativas se refiere, creo, sin modestia, que vamos a la cabeza. Pero nuestra técnica es deficiente. Quiero ir a los Estados Unidos y orientarme. Además, me seduce mucho eso de la película sonora. Estimo que los norteamericanos andan equivocados en su manera de hacer los diálogos. Es preciso obtener el sonido y el tono por contrapunto. Ahora, en sí misma, la película sonora tiene, a mi juicio, un gran porvenir, pues en sus efectos el sonido es más energético que la visión.

—*La línea general*, ¿cuándo se estrena?

—Hacia la primavera.

—Otro éxito seguramente, como *Potemkin*.

—Son muy distintas; pero no le ocul-

taré que tengo puestas en ésta algunas esperanzas. Vea usted qué diversidad de escenarios en medio de su sencillez.

Y Eisenstein me enseña un montón de fotografías en las que el paisaje ruso ha sido sorprendido sobre un horizonte vastísimo, desde Finlandia a las estepas de Aserbeidshan, tocando ya casi con Persia.

—He tratado de mostrar la transformación operada en nuestras aldeas, cómo la Revolución las está cambiando de alma y de fisonomía. La cruzada socialista rural, en lo que tiene de básico, de línea general.

—Le envidio. Debe usted estar saturado de colectivismo agrario, la cuestión del día.

Eisenstein sonríe.

—Por lo menos, en cooperativas lecheras soy una autoridad. (El tema de partida de su última película es la lucha de un pequeño consorcio lechero presidido por una pobre, pero enérgica campesina, hasta convertirse en explotación de tipo moderno.) Pues créame usted, hay mucha más emoción y verdadera belleza en todo esto que en esos melodramas rasputienses que a título de suprema sensación rusa les sirven por ahí fuera.

—Sin embargo, Rasputin, ¡qué buena figura para llevarla a la pantalla!

—Me quedo con mi protagonista de *La línea general*.

—¿Como símbolo de la nueva Rusia?

—Como realidad. La descubrí en un pueblecillo del gobierno de Riasansk, y allí mismo, donde ella ha pasado su vida, trabajo. No he querido arrancarla de su ambiente.

Julio Alvarez del Vayo

Estampas

Apenas un retazo del mar ondu- la ahora en nuestra pupila. Ascendemos más y las aguas maravillosamente azules ostentan su plenitud. Cuán exacta nos parece en este instante la afirmación emersoniana de que «el ojo es el primer círculo, el horizonte que él forma, el segundo». Perfecto es el círculo que este otro círculo montado dentro de la cuenca del cráneo traza a gran distancia. Parece que inmediatamente después de ese horizonte se abriera un abismo. Es sólo una ilusión óptica.

Hace un momento, cuando de pronto

se anegó nuestra pupila de azul, hemos visto la lancha del pescador con su triángulo blanco ahuecado y tenso. Se perdió tras ese horizonte. Mas, de nuevo blanquea como el pecho de una gaviota, en la propia línea del círculo. Todo lo que sobre el mar viaja adquiere perfil en cuanto alcanza la línea circular de ese horizonte trazado por nuestro ojo. Y el ejercicio de la pupila rompe un horizonte para trazar siempre un nuevo círculo a la distancia.

Muchas veces hemos visto aparecer el humo del barco cuya proa señala este

LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

fondeadero, mucho tiempo antes de que el ojo tardo del espectador preocupado como nosotros pudiera percibirlo. La pupila se pule y proporciona al espíritu el deleite de sorprender sobre la ondulada superficie marina el barco majestuoso o la lancha del pescador osado, o el vuelo sereno del ave, o el asomo de la tempestad. Deleite del espíritu, y grande y fuerte es éste en que nos sume el barco que llega. Es el barco una porción del mundo que flota para acercarse hoy en descarga de variada mercancía, en carga de agua potable mañana, a cualquier punto del hemisferio. Lo lanza el astillero al mar y va ya ostentando un nombre y un uso. Suntuosos unos, sin importancia deslumbrante otros, todos son majestuosos en mar abierto.

¿Cuál más deslucido que el que repleta su entraña de petróleo crudo? Chato, sobresaliendo apenas del mar unos cuantos pies, cubierto de una pesada y laberíntica tubería, sucio y con una pestilencia de mariscos en descomposición. Hemos observado multitud de ellos pegados periódicamente al muelle, lanzando por presión a tierra su espeso y negro cargamento. Todos han lucido estampada sobre la chimenea esta uniforme leyenda: *Sinclair Oils*. Es decir, son barcos y aceites del petrolero abrumado de millones, Harry F. Sinclair.

Desde entonces conocemos su nombre y sus hazañas. Esa leyenda de la chimenea parece llevarnos al fondo del destino de su propia vida. Es un favorito de la Fortuna. Y como él todos los poseedores de riquezas cuantiosas, ¿Cómo nacen estas existencias doradas? No ciertamente sobre lechos de plumas. Casi todos son hijos de hogares paupérrimos. Abren los ojos al mundo en una realidad tremenda. La miseria sigue calada dentro de sus vidas deformándoles el alma. Crecen y de pronto hay para ellos auroras que les iluminan senderos de inagotable prosperidad. Del comercio que halaga al comprador con el minúsculo presente de una goma confitada, sale con los años el coloso del *chiclet*, Wrigley, dueño de inmensas riquezas acumuladas rápidamente. Del trato con rudimentarios motores para automóviles surgen esa figura medio analfabeta, Ford, y los hermanos Dodge. De los talleres de un ferrocarril despunta el ahora nonagenario Rockefeller, magnate del petróleo. Del aislamiento de una celda penitenciaria revienta Firestone, el transformador del caucho. Y todos surgen así, inesperadamente, de la nada, convirtiéndose en potentados fabulosos.

Ah! pero ahondando comprendemos que al levantarse esas vidas a un mundo de riquezas abrumadoras, estimulados al parecer por fuerzas sin importancia, sólo obedecen a la voluntad de una fuerza ciega, que es la fuerza de la Fortuna. En cuanto ya toman cuerpo de hombres un soplo de esa diosa les convierte en oro todo cuanto ella quiere ver convertido en el metal deslumbrante y enloquecedor. Crecen y crecen al infinito los tesoros de esas vidas trágicas y con ellos se multiplica a la vez la esclavitud de la custodia. Y como son siervos han perdido el discernimiento para saber en

La marimba

Cuatro bolillos que van saltando por los maderos hechos a un son rítmicas tablas que están vibrando al monorritmo de una canción,

y la cadencia humana vibra en boca abierta de calabazo que ennoblece, blando regazo, el son que estalla de la marimba.

De la guitarra, música extraña, cobriza mano suave desgarrada; el rasgo triste de la guitarra a la marimba fiel acompaña:

al son Caribe asiste Iberia y la guitarra en indo-hispania se ha hermanado al grito exótico de la marimba hija del trópico.

(De un destapado joyero vertido en azul de cielo, se hace de luz reguero diamante que busca el suelo.)

Rozan altivas las nubes, palmas y sube a ellas cálido el son; los primitivos elevan danzas, de cadenciosa y lenta emoción.

... y en música de marimba parece el cielo que vibra, siempre al compás de la guitarra que tristes notas desgarran...

Max. Jiménez

Costa Rica, 1929.

donde debe limitarse la busca del oro. Llevan abrumadas las espaldas por los mismos tesoros y nunca se satisfacen. La Fortuna los posee como sus esclavos y es ella la que los mueve a voluntad. Cuando pensamos que es el poder de un genio el que levanta esas torres de oro, es porque no nos damos cuenta que la Fortuna necesita mostrarse al mundo en todos sus esplendores y se mete en la vida de esos hombres.

No van estas reflexiones poseídas de fantasía. Pensamos al hacerlas en el niño hijo del millonario fabricante de cajas de Chicago, que secuestra y asesina a otro hijo de millonario. ¿Por qué? Por conseguir el oro del rescate, él, cuyo padre es un favorito de la Fortuna. Pensamos en Jack Shields, abrumado de millones, condenado a tres años de prisión. Pensamos en Harry F. Sinclair, asociado a la chimenea de los barcos petroleros, presidiario hoy en una cárcel de Washington.

La Fortuna hace escarnio de sus favoritos. Los atrapa al azar y los lanza

con ímpetu en todas las direcciones en donde ella va clavando su omnipotencia. ¿Qué causas precipitaron a Sinclair a una celda implacable? Las causas de la Fortuna, las que ella tiene para crecer imponente ante los ojos de los hombres que la codician. ¿Con qué poder pretendió el Senado norteamericano pedirle rendición de cuentas en un negocio de volumen inmenso? Es cierto que en ese negociado metió la mano más de un alto funcionario. Mas el no tenía que declarar a aquel Senado impertinente qué lo hizo proveedor de aceites del Gobierno. Enmudeció y de esa actitud nada lo perturbó. Aceptó la condena y al quedar numerado en la prisión probó su casta de favorito de la Fortuna.

Nada lo diferencia de la muchedumbre de presidiarios, a él, cuyo nombre ostentan las chimeneas de los barcos petroleros como un trofeo de poder. Pasará por todos los actos humillantes, desde la impresión digital hasta la fotografía de su rostro. Y como no es hijo de las peñas la opresión se le acentúa más cuando sus afectos reciben la conmoción del castigo a él impuesto. Sinclair ha tenido que saber en su celda que su esposa fué recluida en un sanatorio apaciguador de los nervios encabritados.

Vanidad de vanidades es la vida de estos hombres instrumentos de la Fortuna. Sufren un vasallaje horrible. Pierden la conciencia de que son ricos sin cuento y siguen en una lucha tenaz y cruel por esas mismas riquezas. También a ellos ha llegado el dón de la leyenda griega y vuelven oro todo cuanto impulsan. Padecen la maldición de no tener sosiego. Son atormentados trágicos. A veces, cuando ya marchan abatidos hacia un poniente fatal tienen instantes de claridad y siegan de un tajo una cabeza de la hidra que los ha oprimido. ¿Para qué tantos millones acumulados? Roban entonces a la Fortuna y como ésta no se venga con impresiones digitales ni fotografías de rostros, los arrojan a la Filantropía, la reina de la mendicidad, moradora de todas las cuevas de Ali Baba.

En el mismo momento en que Sinclair entra al presidio en ejercicio de su apostolado de favorito de la Fortuna, James Couzen se pone en tratos con la Filantropía y de los treinta millones de dólares que Ford le devuelve por sus aportes, taja súbitamente diez millones y se los arroja para que los use «en el mejoramiento de la salud, bienestar, felicidad y desarrollo de los niños de Michigan.» ¿Cómo hace la Fortuna escarnio de sus favoritos!

¿Cuándo, seguimos reflexionando junto al mar maravillosamente azul, llegará la hora iluminada para el presidiario de hoy, quien para mantener a flote las chimeneas de los barcos que ostentan la leyenda monótona de *Sinclair Oils* sella sus labios y va a aplebeyarse a una cárcel?

La ciudad va a tener un espectáculo. Esta noche acudirán los productores de banano y los espectadores de esos productores, al salón municipal

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

a discutir lo que ha dado en llamarse cuestión bananera. Uno de los promotores de esa reunión explica a un invitado los fines del movimiento. La sombra de los árboles del parque nos cobija. Hace un sol sofocante. Un perico ligero ejercita su lentitud en una rama de lo alto. El promotor habla de que si las cosas no se arreglan, será Limón el que pague los platos rotos. Invoca el sentimiento de buen limonense del invitado y le pide puntualidad en la asistencia. Se van. Seguimos disfrutando de la brisa suave que el mar sopla sobre el parque. Frente a nosotros aparece el edificio de ancho alero en el que la United Fruit C.^o tiene establecido su cuartel general. Han sido esos aleros sombras benéficas para muchos. También han sido ruina y miseria para otros.

Y como la ciudad va a tener un espectáculo nos asociamos a él como espectadores. Otros serán los actores. Llegamos a buena hora y repasamos las caras. Son todas de hombres que han de deliberar acerca de uno de los problemas serios del país. ¿Lo harán con libertad? Solamente en apariencia. Vemos semblantes oprimidos. Es como si reinara un terror. Los que tienen que imprimir rumbo a la «discusión» hablan simulando vehemencia. Piden protección para los intereses de los bananeros, que son los intereses de la Provincia. Y aquella no vendrá sino reconociendo públicamente que la United Fruit Company es la que ha impulsado la prosperidad. El reconocimiento ha de traducirse en una ley que fije durante veinte años el impuesto de exportación del banano. Habrá también que declarar que el monopolio que esa

Atardeceres

A un paso ya del aniversario primero de su muerte, hemos recogido en un tomito de cierta elegancia algunas de las finas prosas de la que fué colaboradora distinguida en este semanario: Clara Diana.

Se titula la obrita *Atardeceres*, como ella lo pidió. No se vende al público grueso este librito. Se han sacado apenas 300 ejemplares, para distribuirlos entre los amigos y estimadores de la poetisa que quieran contribuir a la edición. La cuota mínima es \$ 2, con derecho a un ejemplar. Los que en este caso tengan interés, dírljense al Editor del Rep. Am. Libre de porte, se remite *Atardeceres* al lugar que se diga.

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

Compañía ejerce es el bien más codiciado que un país puede tener. En esta forma la Provincia seguirá próspera y el asfalto de las calles de la ciudad podrá pagarse sin nuevos impuestos. La United Fruit Company sobre todas las cosas. Ese es el ambiente de la reunión. Sofocados por esa ideología, salimos en busca del aire del mar. Nos acodamos sobre el tajamar. Aspiramos profundamente el aire yodado. Reflexionamos. Las ideas son variadas. ¡Esto no es Costa Rica! ¡Qué raro piensa en este territorio la gente! ¡Qué cosmopolitismo más penetrante!

¿Cómo, si no es obedeciendo a los designios de la United Fruit C.^o, puede una asamblea de personas libres desconocer que el problema no es provincial sino nacional? Es que por aquí es muy tenue la influencia del Estado. El cosmopolitismo ha ido sintiendo que ha formado casa aparte y ya delibera como si estu-

viera dándose su propio gobierno. Y no solamente es cosmopolita el de afuera sino el de adentro. El extranjero se afina y sólo ve sus negocios brillantes. El costarricense incursiona y se sume en el mismo espíritu del de afuera. Estas tierras se ofrecen al que las domina sin el ánimo de vincularlas a una patria. Por eso hay que matar las voces torpes de los que sin conocerlas, pretenden que el país las oiga. Y si es tenue la influencia del Estado, bien intensa y coloreada lo es la de la United Fruit Company. Esta última ha sustituido casi por completo al primero. Los habitantes cosmopolitas la miran como a soberana que precisa actuar. Ella, por su parte, se extiende como poder que debe expansionarse. Y lo hace certeramente. Aquí imprime movimiento a todas las actividades. Lo sabe bien cuando en estos momentos en que el país se hace la ilusión de que va a ceñirla a sus leyes, levanta el dedo índice dominador y produce gritería en los habitantes. Todos creen que si a ella se la oprime, ellos perecerán. Y es que como maneja tantos hilos, con cada uno de ellos sabe producir una alarma.

Pero esto es grave, hemos pensado siempre de codos sobre el tajamar. ¿No se hará nada por nacionalizar esta zona?

Juan del Camino

Limón y junio del 29.

Tablero = 1929 =

Repertorio Americano. Director: J. García Monge. Ap. X. San José de Costa Rica—Prosigue su irremplazable tarea este semanario que tan consecuentemente dirige la alta intelectualidad de García Monge. Puede decirse que, por la calidad de sus colaboradores y por su extensión continental, *Repertorio Americano* es la tribuna continental de mayor alcance. Desde sus columnas se sigue una seria y responsable campaña antiimperialista.

(Renovación. Buenos Aires).

De la antigua sabiduría

SCIPIÓN.—Y cuando te irritas, ¿permities a la cólera que domine tu ánimo?

LELIO.—No, a fe mía; imito entonces a Arquitas de Tarento, que al llegar a su casa de campo lo encontró todo al contrario de como lo había mandado. «Desgraciado, dijo entonces al colono, te azotaré si no estuviese encolerizado».

Cicerón

INDICE

Legenda aut adquirenda



HEMOS RECIBIDO EN ESTOS DÍAS:

Ramón Pérez de Ayala: <i>La pata de la raposa</i> (Novela).....	\$ 3-50
Leopoldo Lugones: <i>Nuevos estudios helénicos</i>	4-00
Horacio Quiroga: <i>El salvaje</i>	4-00
Pablo Carus: <i>El Evangelio del Buda</i>	3-50
José Ortega y Gasset: <i>Espíritu de la letra</i>	3-50
G. Marañón: <i>Los estados intersexuales en la especie humana</i>	12-00
Fernando de la Vega: <i>Verbo lírico</i>	5-00
Fernando de la Vega: <i>Ideas y comentarios</i>	5-00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	5-00
Luis López de Mesa: <i>La tragedia de Nilse</i>	5-00
Luis López de Mesa: <i>El libro de los Apólogos</i>	3-00
E. Ziamatin: <i>De cómo se casó el doncel Erasmo</i>	2-25
Eduardo Bonilla: <i>Estado actual de la otopatología</i>	1-50
A. L. Lavoisier: <i>Memorias sobre la respiración y la transpiración de los animales</i>	1-50
M. Bastos Ansart: <i>Los mecanismos del movimiento en el hombre y en los animales</i>	1-50
Margarita Nelken: <i>Tres tipos de virgenes</i>	1-00
Francisco Ayala: <i>El boxeador y un ángel</i>	1-00
Mauricio Bacarisse: <i>El paraíso desdichado</i>	0-75
Manuel Azaña: <i>La novela de Pepita Jiménez</i>	1-00
Andrenio: <i>Cartas a Amaranta</i>	1-75
Fernando Vela: <i>El arte al cabo</i>	1-25
Félix Urabayen: <i>Vida ejemplar de un claro varón de Escalona</i>	0-75
J. Moreno Villa: <i>La comedia de un tímido</i>	1-00
Darío de Regoyos: <i>La España Negra de Verhaeren</i>	1-25
Elie Faure: <i>Cervantes</i>	1-25
Eugenio d'Ors: <i>Religio est libertas</i>	0-75
Ramón Menéndez Pidal: <i>Un aspecto en la elaboración del «Quijote»</i>	1-00
Gerardo Diego: <i>Manual de espumas</i>	1-00

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p style="text-align: center;">CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p style="text-align: center;">FABRICA:</p> <p style="text-align: center;">REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p style="text-align: center;">SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

INDICE

DEL TOMO XVIII

AUTORES Y ASUNTOS

- A propósito del nuevo Rector del Colegio Nacional de La Plata, p. 14.
- Acuña, José B.—Prometeo artista, p. 154.
- Acusados de «vendidos al oro chileno». Protestas, p. 308.
- Algunas palabras con Haya de la Torre, p. 37.
- Alvarado Quirós, Alejandro.—Un centro de cultura femenina, p. 38.—
Un bronce para la historia, p. 211.
- Alvarez, Agustín.—El monopolio de la razón en política, 264.
- Alvarez del Vayo, Julio.—Con Eisenstein, p. 376.
- Anderson, Alfredo.—Homo stultus, p. 156.
- Anderson, Sherwood.—Soy un idiota, p. 332.
- Andrenio.—Bergson y su premio, p. 88.—Don Ramón, p. 329.—Un
texto del Mariscal Foch, p. 337.
- Arciniegas, Germán.—Una hora con Gonzalo Carnevali, p. 25.
- Arévalo Martínez, R.—*El Señor de la Burbuja*, p. 73.
- d'Argent, Niebla.—Comentario, p. 275.—Redención de Doña Araña, p. 319.
- Arias, Augusto.—Noticia de libros, p. 230.—Fraternalmente, p. 237.
- Aristarco.—Rotarismo, filisteísmo, p. 167.—Rotarismo, infantilismo,
p. 191.—Rotarismo, esnobismo, 197.
- Arozemena, Elena.—Mujeres españolas e indo-americanas abogan por
Nicaragua, p. 157.
- Arturo Torres, p. 187.
- Arvelo Larriva, Alfredo.—Las siete lámparas votivas, p. 144.
- Arrieta, Rafael Alberto.—El último paseo con Agustín Alvarez, p. 264.
- Arroyo, César E.—La migración y el latifundio, p. 83.—Cuando mu-
rió Rubén..., p. 169.
- Aspectos de Cuba que nos interesa conocer, pp. 277.
- Asturias, Miguel Ángel.—El imperialismo económico de los Estados
y nosotros, p. 107.—Poesías, 222.
- Azorín.—Castelar y América, p. 289.
- Bacza, Ricardo.—En la ascensión de Roald Amundsen, p. 65.
- Banchs, Enrique.—Soneto, p. 322.
- Baroja, Pío.—De la pedagogía de Tellagorri, p. 379.
- Barrie, James M.—Margarita Ogilvy, pp. 39, 60, 85 y 140.
- Bejarano, José Miguel.—La reacción se agita, p. 288.
- Bernal, Emilia.—Poesías, p. 93.
- Bibliografía titular, p. 348.
- Blanco Fombona, R.—El Pacto y el Senado, p. 120.—El criollismo, p. 263.
- Bolena, Lydia.—La gran inspiradora, p. 379.
- Brenes Mesén, Roberto.—El talismán, p. 5.—In Memoriam, p. 68.—
¿Es acaso un despertar?, p. 188.
- Camino, Juan del.—Estampas, pp. 198, 221, 239, 252, 261, 284, 304,
306, 326, 342, 356 y 380.
- Cañas, Salvador.—El primer libro de José Valdés, p. 190.
- Cardona, Rafael.—Originalidad y subconsciencia, p. 281.
- Cardoza y Aragón, Luis.—Carlos Mérida, pp. 9 y 22.
- Carnevali, Atilano.—Comentarios, p. 212.
- Carnevali, Gonzalo.—Charla desordenada sobre Gómez y el gomecis-
mo, pp. 34 y 51.
- Carrera Andrade, Jorge.—Poemas, p. 307.
- Castañeda Aragón, G.—En la colonia de color, p. 110.
- Castro Ramírez, Ml.—A manera de Prólogo, p. 188.
- Cicerón.—El punto de origen es tu patria, p. 270.
- Con el Dr. Palacios, p. 44.
- Cornick, Corina de.—Carta abierta, p. 284.
- Coto, Rubén.—Rezos, cantos y cuentos, p. 108.
- Coto Montero, Fausto.—Roberto Ridgway, p. 229.
- Chacón, Rogelio.—Huitzilopochtli, p. 215.
- Daireux, Max.—Alcides Arguedas, p. 155.
- Dantas, Julio.—Consejos a Ninón, que se va a casar, p. 209.
- Delmar, Serafín.—2 poemas, p. 94.—Los condenados del Perú, p. 211.
- Dengo, Omar.—Dos cartas, p. 139.—Los primeros días..., p. 165.
- Díez-Canedo, E.—Salinas y el azar, p. 201.
- Domínguez, María Alicia.—Versos al Sol indio, p. 14.
- Dos cartas que honran a las mujeres panameñas, p. 7.
- Dromundo, Baltasar.—Canto de América, p. 127.
- Dunsany, Lord.—Los dioses de la montaña, p. 311.
- El abuso del empréstito exterior, p. 163.
- El gobierno de Cuba distingue al poeta Santiago Argüello, p. 170.
- Ella.—La fuente, p. 254.
- Ercasty, Carlos Sabat.—Alegría del mar, p. 149.
- Espina, Antonio.—Página lírica, p. 59.—Un libro de Benjamín Jar-
nés, p. 101.
- Facio, Justo A.—Apreciación, p. 379.
- Fernández Montúfar, J.—Apreciación, p. 223.—Para el álbum del
aviador Rodríguez Díaz, p. 315.
- Ferrer Gutiérrez, Virgilio.—Cartel número 1, p. 121.
- Flor de Té.—Poesías, p. 170.
- Gabelti, José.—El Premio Nobel de Literatura para 1928: Sigrid
Undset, p. 225.
- García Calderón, Frco.—Vasconcelos vuelve a México, p. 57.—Leyen-
do *El Regenerador*, p. 184.—Victor Hugo es un tema de actuali-
dad, p. 280.
- García Calderón, V.—El ojo en flor y otras maravillas, p. 377.
- González, Luisa.—La Dirección de la Escuela Normal, p. 61.
- González, J. Natalicio.—Blanco Fombona en el Paraguay, p. 120.
- González Vera.—Estampas de una aldea, p. 205.
- Grillo Max.—Carta a Carnevali, p. 62.—En elogio de John Keats,
p. 248.—*El Continente Americano y el Derecho Internacional*, p. 309.
—Leyendo una vida de John Keats, p. p. 373.
- Guerrero, José.—La conferencia sobre educación, p. 285.
- Guillén, Jorge.—Poesías, p. 115.
- Guzmán, Martín Luis.—Revolución y propaganda, p. 375.
- ¿Hay esperanzas para Nicaragua?, p. 66.
- Haya de la Torre.—Visión de Puntarenas, p. 16.—Carta, p. 94.—Carta
abierta a don Juan Ramón Avilés, p. 152.—Carta abierta al Pre-
sidente de Panamá, p. 164.—Dos cartas, p. 251.
- Heliótilo.—Creo que todo se arreglará bien, p. 374.
- Herriot, Eduardo.—El tratado entre Italia y la Santa Sede, p. 324.
- Hispano, Cornelio.—Los admiradores de Jorge Isaacs y la cultura
colombiana, p. 217.
- Hugo, Víctor.—Booz dormido, p. 6.
- Ibarbourou, Juana de.—Homenaje a Delmira Agustini, p. 137.—Te
doy mi alma, p. 275.
- Ichaso, Francisco.—Victor Andrés Belaunde, p. 281.
- Insúa, Alberto.—Impresiones de un aniversario, p. 265.
- Irazos, Antonio.—Responso al capitán Bird, p. 87.
- Ivanovitch, Dmitri.—Un milagro de amor, p. 269.—Nocturno, p. 331.
- Jarnés, Benjamín.—Sherwood Anderson, p. 328.—La prosa heroica de
Martí, p. 344.
- Jiménez, Max.—Gris, p. 23.—*Canciones y ensayos* de Rafael Estrada, p. 75.
—La marimba, p. 381.
- Keats, John.—Poesías, p. 253.
- Kipling, Rudyard.—El vampiro, p. 24.
- La trufificación del pensamiento, p. 277.
- La Edad de Oro:*
Fingarit, Julio: El entremés del figonero que quiso cobrarse el
humo, p. 174.—Martí, José: Los ingenieros del puente de Broo-
oklyn, p. 351.—Morales, Ernesto: Cápac Yupanquí, p. 367.

- Labarca, Amanda.—Embajada de buena voluntad, p. 62.—El niño del San Cristóbal, p. 124.
- Laguado Jayme.—Bretríz I, p. 130.
- Lars, Claudia.—Cantos de la madre, p. 106.—Estos sencillos cantares, p. 173.
- Laurenza, Roque.—Hermanos..., p. 21.
- López, Jacinto.—La destrucción del Canal de Panamá, p. 119.—Los marinos en Nicaragua, p. 145.—Los bandidos, p. 202.—Sacasa, Ministro en Washington, p. 270.—El Senado y los marinos, p. 302.
- López de Mesa, Luis.—Paráfrasis de José Eustasio Rivera, p. 80.—Bibliografía colombiana, p. 135.
- Los libros de la semana, p. 327.
- Los Pasajeros.—Desde la ventanilla, pp. 102, 127, 132 y 157.
- Loveira, Carlos.—Capítulo de novela, pp. 259 y 274.
- Lowell, A. L.—La verdadera educación, p. 46.
- Lugones, Leopoldo.—Poemas, p. 346.
- Luisi, Luisa.—El mensaje de las mujeres de Venezuela, p. 129.
- Luzuriaga, Lorenzo.—Panamá, un pequeño gran pueblo, p. 59.
- Lyra, Carmen.—La mano del hermanito Baltasar, p. 89.
- Madres venezolanas protestan, informan y acusan, p. 130.
- Manco Campos, A. E.—El campesino, p. 334.
- Manifiesto de la Unión Libertadora Venezolana, p. 231.
- Maragall, Juan.—La hazaña, p. 290.
- María Enriqueta.—La línea divisoria, p. 148.
- Marinello, Juan.—El poeta José Martí, pp. 232, 245 y 263.
- Martínez Márquez, Guillermo.—Carlos Loveira: su vida, su obra, pp. 249 y 325.
- Martínez, Modesto.—Carta, p. 76.
- Masferrer, Alberto.—La misión de América, p. 3.—El Minimum Vital, p. 178.
- Masseras, Alfons.—Escoltem-la, p. 93.—Dos sonetos, p. 102.
- Mateus, Jorge.—Rudyard Kipling, enfermo, p. 247.
- Medina, Juan de.—Bolivia y Paraguay, p. 63.
- Melián Lafinur, Alvaro.—*Poemas solariégos*, p. 345.
- Mencken, H. L.—Estados Unidos y Centro América, p. 33.
- Menéndez Pidal, Ramón.—Carta al Dictador de España, p. 320.
- Mistral, Gabriela.—Pasión agraria, p. 81.—Tiene setenta años Selma Lagerlof, p. 168.—Agustín Nieto Caballero, p. 216.—Contar, p. 238.—Gente chilena: Carlos Mondaca, p. 291.—Bernardo Palissy, p. 353.
- Mondaca, Carlos.—Poesías, p. 299.
- Montiel Ballesteros.—El marido de la maestra, p. 29.
- Morales, Ernesto.—Tolstoi para los niños, p. 241.
- Murillo, Vital.—La enseñanza y la rigurosidad de las matemáticas, p. 133.
- Naranjo, Enrique.—Prejuicios raciales, p. 182.
- Nieto Caballero, A.—La muerte de un maestro, p. 166.
- Nieto Caballero, L. E.—Gonzalo Carnevali se ganó a Bogotá, p. 55.
- Noailles, Condesa de.—Poesías, p. 372.
- Noticia de libros, pp. 18, 56, 91, 295 y 320.
- Noticias breves del movimiento intelectual europeo, p. 203.
- d'Ors, Eugenio.—La Santa Continuación, p. 3.—En la hora grave, p. 322.—Palique, p. 338.
- Orrego, Antenor.—Reflexiones, p. 44.
- Ossorio, Adolfo León.—Poemas mexicanos, p. 278.
- Palacios, Alfredo L.—Carta, p. 77.
- Pallais, A. H.—Animales y árboles, p. 109.—De traje franciscano... p. 172.—Fantasía de la lluvia, p. 237.
- Pardo García, Germán.—Página lírica, p. 41.
- Pavletich, Esteban.—7 Ensayos en busca de una Realización, p. 221.
- Parra, Teresa de la.—De la filosofía de Vicente Cochocho, p. 292.
- Pena, Leonardo.—Hacia el centenario del Homero francés, p. 305.
- Peralta, José M.—La obra de don Miguel Ángel García, p. 58.
- Pereira Rodríguez, José.—Una lamentable traducción, p. 99.
- Picado T., C.—Supresión de «un instinto por suero de la misma especie», p. 43.—Tamaño de razas e inyecciones sanguíneas, p. 150.—Nanismo y gigantismo aviarios, p. 316.
- Picado, Teodoro.—*Historia del mundo*, p. 235.
- Pijoán, José.—Testimonio, p. 64.—Carta, p. 47.—América para el mundo o América para los americanos, p. 114.—Hacia el gobierno de los técnicos, p. 171.—La emigración escolar, p. 365.
- Pocaterra, José Rafael.—La fábula de la cochinita, p. 225.—Las relaciones de los Estados Unidos saxoamericanos con Venezuela p. 360.
- Por Costa Rica, p. 7.
- Por la libertad de Venezuela, p. 34.
- Portal, Magda.—*El renuevo y otros cuentos*, p. 312.
- Recouly, Raymond.—Se honra al filósofo Bergson, p. 88.
- Restrepo, C. F.—Carta, p. 141.
- Reyes, Alfonso.—Noticia de libros, p. 134.—Segunda noticia de libros de México, p. 363.—El viaje de amor de Amado Nervo, p. 369.
- Rochac, Alfonso.—Poemas de niños, p. 75.
- Rodríguez, Hermógenes.—La evolución de las flores, p. 104.
- Rodríguez Beteta, Virgilio.—La misión del Padre Goicoechea, pp. 321, 341 y 357.
- Rojas, Manuel.—Un ladrón y su mujer, p. 227.—La compañera de viaje, p. 338.
- Ruiz Manent, José M.—Ideas para un apéndice a la *Historia del Arte*, p. 233.
- Sabas Alomá, Mariblanca.—Justicia chilena, p. 97.—La libertad de amar en la Rusia soviética, p. 20.
- Sáenz Cordero, Manuel.—El Canal Interocéánico, p. 296.
- Sáenz, Carlos Luis.—Del *Cancionero de nenúa*, p. 269.—Arbol, p. 324.—De la vida del Maestro, pp. 136 y 146.
- Salas Pérez, J. J.—El que pasa, p. 26.—Auroral, p. 244.—Bendición, p. 271.
- Salazar, Juan B.—El yúmure, p. 126.
- Salazar Arrué, Salvador.—El alma de las piedras, p. 69.
- Salinas, Pedro.—Poesías, 199.
- Sancho, Mario.—Dos notas, p. 45.
- Sandino, A. C.—Carta, p. 123.
- Sanín Cano, B.—Olivos y aceitunos, p. 28.—Datos de un problema actual, p. 49.—La superstición de lo extranjero, p. 67.—Palabras de meditación, p. 100.—Las memorias de los otros, p. 185.—Bernard Shaw o El sentido común, p. 193.
- Santa Cruz, Mario.—Alejandro Sux, p. 313.
- Seifulinia, Lidia.—La vieja, p. 243.
- Sellers, Logan y Sandino.—Cartas, p. 70.
- Sieró y Rojas, Frco. J.—La América Latina, si fué a Nicaragua, p. 19.
- Silva Castro, Raúl.—Una hora con Don José Ortega y Gasset, p. 8.
- Silva Herzog, J.—México y el imperialismo, p. 113.
- Silvari, Rafael V.—Avelino Alsina y Lloveras, p. 151.
- Solano, Armando.—José Eustasio Rivera, p. 72.
- Sotela, Rogelio.—Apología del dolor, p. 122.
- Sotillo Picornell, J. C.—A los amigos de México, p. 121.
- Tablero:** (1929), pp. 12, 32, 48, 80, 111, 116, 143, 171, 207, 221, 240, 255, 272, 286, 335, 348, 366 y 382
- Tacna y Arica, p. 372.
- También somos apristas, p. 80.
- Tejera, Humberto.—La leyenda de oro de Rubén Darío, p. 147.
- Terán, Juan B.—La paradoja de Francia, p. 274.
- Thoby, P.—Carta, p. 234.
- Torres Bodet, Jaime.—Democracia y biografías, p. 158.
- Torres Rioseco, Arturo.—Graves sucesos han ocurrido en Chile, p. 158.
- Tovar, Rómulo.—La estatua, p. 268.—Victor Hugo de moda, p. 350.—Acercas de *Frutos caídos*, p. 361.
- Unamuno, Miguel de.—Carta a Cornelio Hispano, p. 219.
- Usigli W., Rodolfo.—La bailarina inmóvil, p. 78.
- Valcarcel, Luis E.—Un libro de Mariátegui, p. 200.
- Valdés, José.—Poesías, p. 190.
- Valencia, Guillermo.—Quoerite sursum, p. 4.
- Valencia, Miguel Santiago.—Con el historiador de Bolivia, p. 153.
- Vallejo, César.—La traición del pensamiento, p. 77.
- Vargas Coto, Joaquín.—Panamá, país de porvenir, p. 73.
- Verdaguer, Mario.—El *Cancionero de Antioquia*, p. 261.
- Vicuña, Carlos.—Condolencia, p. 168.—*Athué*, p. 204.
- Villalobos, Asdrúbal.—Poesías, p. 355.
- Wylde Ospina, Carlos.—La nacionalización de las tierras como medio defensivo, p. 17.
- Zulueta, Luis de.—La aparición de Pijoán, p. 40.—La libertad religiosa p. 161.—El hogar se apaga, p. 214.—El Presidente Masaryk, p. 257.—La educación sexual, p. 279.
- Zum Felde, Alberto.—María Eugenia Vaz Ferreira, p. 24.—Homenaje a Delmira Agustini, p. 137.